

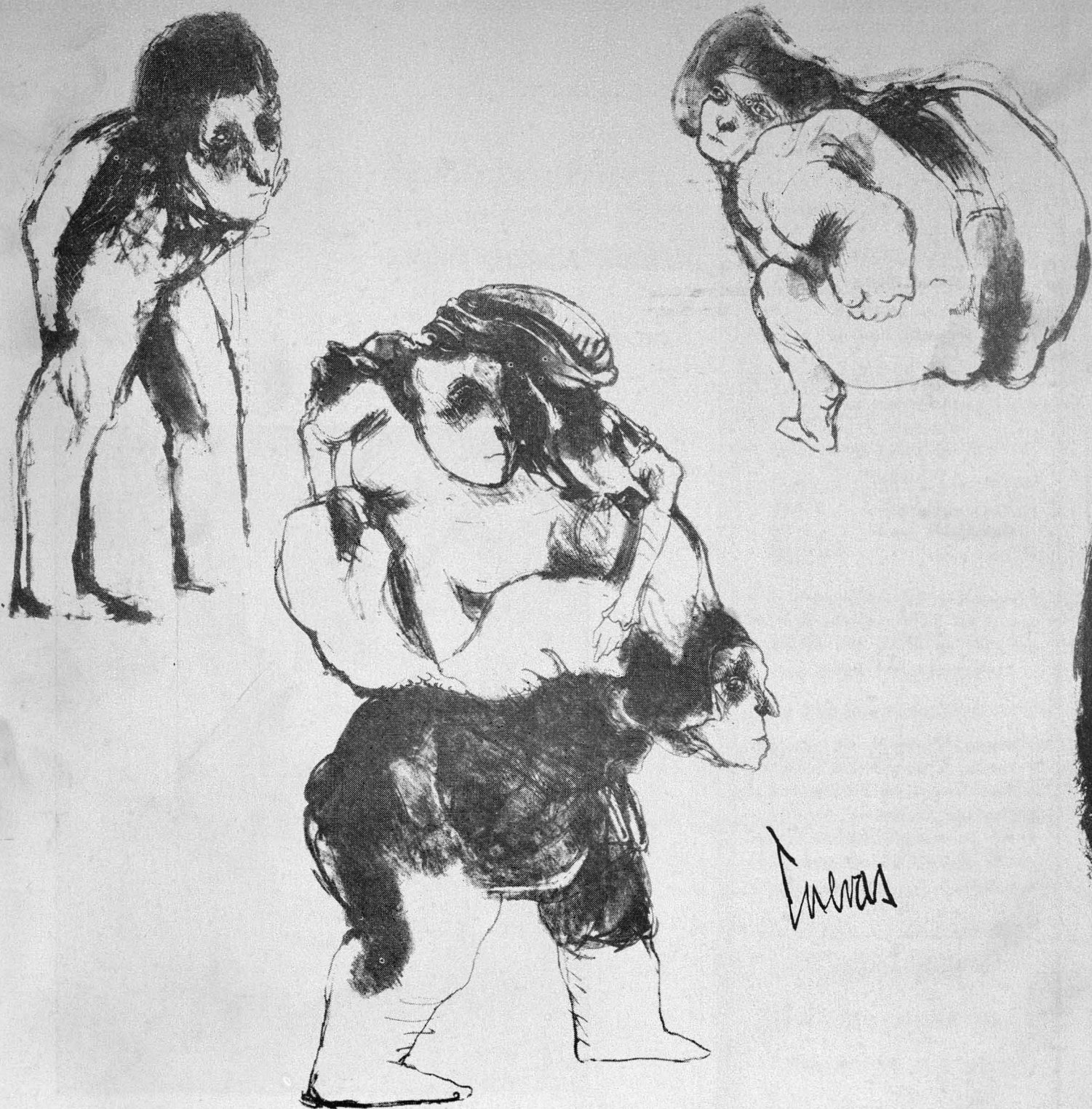
REVISTA DE LA  
**UNIVERSIDAD DE MEXICO**

ENERO 1964

KENNEDY Y LOS INTELLECTUALES

IDEOLOGÍA Y SOBREDesarrollo

BORGES & BORGES



Volumen XVIII Número 5

México, enero de 1964

Ejemplar: \$ 3.00

## S U M A R I O

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE MÉXICORector  
*Doctor Ignacio Chávez*Secretario General:  
*Doctor Roberto L. Mantilla Molina*

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:  
*Jaime García Terrés*Redacción:  
*Alberto Dallal*  
*Juan García Ponce*  
*Juan Vicente Melo*  
*José Emilio Pacheco*  
*Carlos Valdés*La Revista no se hace responsable de  
los originales que no hayan sido so-  
licitados.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 10º piso, Ciudad  
Universitaria, México 20, D.F.Tel. 48-65-00  
Ext. 123 y 124Toda solicitud de suscripciones debe  
dirigirse a:Tacuba 5, 2º piso  
México 1, D. F.  
Tel. 21-30-95Precio del ejemplar \$ 3.00  
Suscripción anual „ 30.00  
Extranjero Dls. 5.00Franquicia postal por acuerdo presi-  
dencial del 10 de octubre de 1945,  
publicado en el D. Of. del 28 de  
noviembre del mismo año

## PATROCINADORES

BANCO NACIONAL DE COMERCIO  
EXTERIOR, S. A.—UNIÓN NACIONAL  
DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—  
FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA,  
S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIA-  
DOS, S. A.—(ICA).—NACIONAL FI-  
NANCIERA, S. A.—BANCO DE MÉXICO,  
S. A.Esta revista  
no tiene agentes  
de suscripciones

LA FERIA DE LOS DÍAS	<i>Jaime García Terrés</i>
CANTARES MEXICANOS	<i>Ernesto Cardenal</i>
DE NUEVAS Y VIEJAS FRONTERAS	<i>Juan García Ponce</i>
ESCRITORES Y POLÍTICOS	<i>John F. Kennedy</i>
IDEOLOGÍA Y SOCIEDAD INDUSTRIALIZADA	<i>Herbert Marcuse</i>
BORGES Y BORGES	<i>Ernesto Sábato</i>
CARTA DEL ATLÁNTICO	<i>Francisco Ayala</i>
AL VOLVER DEL ENTIERRO DE LUIS CERNUDA	<i>Max Aub</i>
SOBRE LA MISMA TIERRA	<i>Carlos Valdés, Alberto Dallal</i>
DIBUJOS	<i>José Luis Cuevas</i>

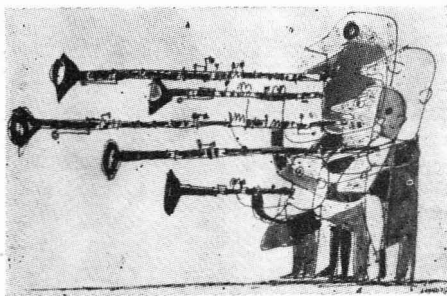


Ver artículo Ideología y sociedad industrializada

# La feria de los días

## I

Dramáticos fueron los finales de 1963. ¿Cómo serán los principios de 1964? ¿Cómo se desenvolverán las promesas que ya se anuncian —más o menos ensombrecidas— en el horizonte? Vana es toda conjetura. La única historia cierta es la del tiempo pasado, y ella nos entrega cual lección principal la desconfianza en adivinos y profetas.



## II

No quiero decir que el hombre no se halle fatalmente limitado en sus posibilidades y en su libertad de elección, sino que sus mismas limitaciones son, en buena parte, imprevisibles. Los cálculos de la razón no han logrado despejar la tremenda incógnita de la irracionalidad que habita en cada uno de nosotros. La historia avanza entre claroscuros desconcertantes, el misterio de cuya secuela rechaza todavía los intentos de penetrarlo.

## III

Pero si el futuro es siempre nebuloso, no por ello se justifican la pasividad y el conformismo. Sólo una conciencia vigilante, capaz de manifestarse en acción, podrá en úl-

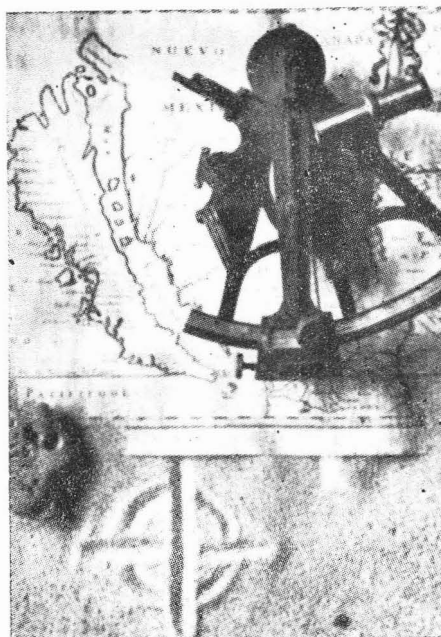
timo extremo, abrir camino al progreso verdadero, a una sociedad menos injusta y enajenante, y menos angustiosa.

## IV

Por eso deprime a tal grado el actual panorama de México. No tanto por los problemas que exhibe ni por los escollos normales que delata, cuanto por la ausencia de un espíritu civil que afronte unos y otros. El fácil consuelo —“estamos mejor que muchos”— no excusa esta laguna moral que representa nuestro quietismo político, nuestra plena sumisión a lo bueno y a lo malo que una providencia visible nos depara.

## V

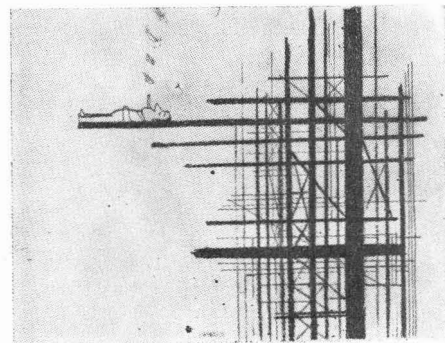
Guardémonos de caer en el impropio farisaico. Hay motivos sociales y económicos que explican, en general, semejante situación. Es humano el no querer arriesgar el diario sustento cuando, por lo de-



más, la época dista de ser intolerable.

## VI

Pero ni esa explicación vale para todos, ni el conformismo garantiza más que una estabilidad engañosa. Una democracia que excluye la efectiva participación popular, que no propicia el ejercicio saludable y ne-



cesario de la opinión disidente, que clude y aun reprueba la crítica, en vez de fomentarla, es una democracia que se niega a sí propia y a la realidad que pretende organizar.

## VII

El contemporáneo México se diría un inmenso cementerio, en el que los vivos difuntos que allí moran se limitan a levantar la cabeza de cuando en cuando, para proferir un melancólico chiste; y así desembarazados de ulteriores preocupaciones, tornan al sueño de los justos en la fosa común, bajo un eterno Sí grabado en la única y resplandeciente lápida que los guarece de la intemperie.

—J.G.T.

# Cantares mexicanos

---

Las plumas de quetzal se secan  
 los mosaicos de plumas de colibrí se descoloran como las flores  
 los mosaicos de turquesas, de jade, de obsidiana y de nácar  
 caen como flores.  
 Los collares de caracoles y de jades se desgranán  
 como sartas de flores de cacao . . .

Las vasijas blancas como hojas de códice  
 con las figuras en rojo claro y rojo oscuro  
 amarillo  
 y verde turquesa  
 las vasijas de barro rojo color de chile rojo  
 y las de barro rojo de Oaxaca como frutas maduras  
 o anaranjadas como fuego  
 se marchitan y se quiebran.

Si es pirámide  
 se desmorona.

¡Las plumas de quetzal empalidecen  
 y están llenas de polvo!  
 Oíd las lamentaciones que hago yo, el Rey Netzahualcóyotl.  
 El universo es un juego de pelota  
 en él jugamos con dos pelotas: el Sol y la Luna  
 contra los poderes infernales  
 y no sabemos quién ganará (el que pierda morirá).  
 Y ved el signo del Sol en el centro del Calendario  
 —el signo del Sol está en el centro—  
 por la mañana es *Tonatiuh* (“el Águila que asciende”)  
 porque es como un águila que sube al nopal por la mañana  
 estrujando las rojas tunas de los corazones humanos  
 y es *Cuauhtémoc* a la tarde

(“el Águila que baja”).

La pelota de caucho sube y baja, y va y viene  
 y los hombres debemos jugar con esta pelota.  
 La muerte y la vida: la tinta negra y roja  
 la doble tinta con que pintan sus códices los poetas.

El lago de Texcoco y de Tenochtitlán  
 (“el lago de la Luna”)  
 que es como un espejo de obsidiana a la luz de la luna  
 y a la luz del sol, azul-verdoso

de tranquila turquesa

esmeralda y oro  
 lago de aguas de flores, donde nada el ánade  
 y va y viene nadando  
 y vuela graznando y moviendo la cola llena de sol  
 se secará también un día como se secan las flores.  
 El lago de Texcoco y de Tenochtitlán (“el lago de la Luna”)  
 será como un sueño que tuvimos una noche de luna.  
 Y que en el día se evapora.

Y en su lugar se levantarán polvaredas.

Por eso mi canción es triste  
y la acompaña con un són triste el *teponaztli*.  
¡No preguntéis por qué el *teponaztli* tiene tan triste són!

Sólo venimos a soñar aquí en la tierra  
a dejar unos manuscritos iluminados  
como sueños.

La cerámica de los toltecas está bajo la tierra  
esparcida como pétalos de flores.  
Hemos pintado el interior del cielo en cueros de venado  
¿pero acaso nuestros descendientes entenderán el Códice?

Nuestros poemas en papel de maguey, de yuca y de palma  
serán llevados por el viento como el polvo de Texcoco.

Los que vieron la corte del anciano rey Tezozómoc  
el tirano:  
y vieron los danzantes vestidos de tigres y de pájaros  
y los tocadores de *huéhuatl* coronados de flores  
y los jardines resonantes con las sonajas de sus fuentes  
ahora sólo verían este montón de piedras  
donde el tecolote canta a la muerte.  
Oprimió a los débiles, a los humildes, a los *macehuales*  
que andan en el monte cargando leña o buscando magueyes  
y ahora entre las acequias y baños del poderoso rey Tezozómoc  
encuentra su leña y su maguey el *macehual*.

Los reinados de los reyes son breves como las rosas.  
¿Qué se hicieron los príncipes vestidos de plumas de quetzal  
y las princesas de ojos de obsidiana?  
Buscadlos en sus ollas reales  
que hallaréis llenas de polvo.

Se fueron como humo del Popocatépetl...  
Sólo son sombras de Mictlán, la Región del Misterio.

No os admiréis si tiene el *teponaztli* tan triste són.

Yo Netzahualcóyotl

pronto estaré en mi olla de barro, confundido con el barro  
(unos cuantos huesos con collares).

Fui hecho de barro como vasija

como vasija de barro que vuelve al barro

y el Rey de Tezcoco será entonces igual a cualquier *macehual*.

Pero mirad el Sol: cada día renace de Mictlán, la Región de los Muertos,  
y el lucero Quetzalcóatl muere y renace de nuevo.

¡Mirad cómo brilla en las mañanas el lucero Quetzalcóatl!

Mirad el maíz:

muere y renace tiernecito después de las primeras lluvias enviadas por  
Tláloc.

¡Si no hay en la olla sino polvo

y unos pocos huesos con collares

es que estoy siendo molido como en piedra de moler por la madre Cihuacóatl  
como se muele el maíz de los primeros elotes

y después rociará mis huesos con su sangre Quetzalcóatl

y revivirán mis huesos floridos!

Quetzalcóatl me sacará de Mictlán.

Nadie puede alterar este Códice, de la tinta negra y roja

las pinturas que cantan en honor de Aquel por quien todos viven

el Dueño del cerca y del junto.

# De nuevas y viejas fronteras

## (Crónica de viaje)

Por Juan GARCÍA PONCE

Dibujos de José Luis CUEVAS \*

Nunca he podido narrar nada sin sentir que existe una cierta distancia entre los sucesos que intento recoger y mis sentimientos hacia ellos. Por esto, no sé si en esta ocasión lograré transmitir mis impresiones y, sobre todo, si éstas serán las que realmente pueden tener algún interés más allá de la mera experiencia personal. La serie de acontecimientos que me propongo contar están demasiado cerca y, además, culminaron con una experiencia excepcional y que tiene ese carácter inesperado que aumenta las dificultades de interpretación. Vaya, pues, como única justificación para estas notas apresuradas la importancia intrínseca del suceso que transformó la que podría ser una mera experiencia intelectual, resultante de la participación en un simposio interamericano de artistas e intelectuales, en otra cosa más vital y, quizás por esto, más difícil de comunicar: la sensación de haber vivido, casi desde adentro, un momento que tiene ya significado histórico, que se ha inscrito en la historia en el instante mismo de ocurrir, y que además tiene un carácter íntimo y personal.

Nos tocó, a unos cuantos escritores, pintores, economistas, entre los participantes del simposio, recibir la noticia del asesinato del presidente Kennedy menos de cuarenta y ocho horas después de haber tenido la oportunidad de conocerlo personalmente y hablar con él durante casi una hora. Estamos en Washington todavía. Juan José Gurrola, el pintor chileno Nemesio Antúnez y Tom Head, del *Inter American Committee*, la fundación particular que organizó el simposio, nos pasamos la mañana en la NBC, invitados por Tom Yates, otro de los participantes, a ver unas películas de arte que él había filmado y transmitido en su programa de televisión. Ahora sé que cuando dejamos la NBC el suceso había ocurrido ya en Dallas; pero nosotros no tuvimos conocimiento de él hasta que nos bajamos del taxi, en la puerta de nuestro hotel, y otro de

los participantes del simposio, el argentino Rodríguez Larreta, se precipitó sobre nosotros para decirnos:

—¡Asesinaron a Kennedy en Texas!

A pesar de su aspecto, me imagino que, como casi todo el mundo al recibir la noticia, yo pensé que se trataba de una broma y se lo dije así a Juan José Gurrola; pero Rodríguez Larreta insistió con la misma intensidad.

—No. Es verdad. Yo no haría bromas sobre eso. Asesinaron a Kennedy en Texas.

Para entonces, Antúnez y Head se habían unido a nosotros y los cuatro formamos un asombrado grupo alrededor de Rodríguez Larreta. En ese momento, el portero del hotel, que a pesar de que estábamos hablando en español se dio cuenta del tema de la desordenada conversación, se acercó mecánicamente a nosotros, casi contra su voluntad, y empezó a repetir con los ojos llenos de lágrimas:

—It's true, our President is dead, the President is dead, the President is dead, our President, we don't have any more a President...

Su acento, el acento dulce y casi cantado de los negros, me pareció particularmente entrañable. Y ésta fue la primera muestra de la extraña solidaridad que se establecería durante los días siguientes. Pero quizás antes de intentar recoger mis impresiones sobre estos días y los tres anteriores, que para nosotros, los participantes del simposio, tienen también un significado muy especial y unidos se han convertido en el núcleo central de todas las experiencias que nos aportó, sería conveniente anotar algo sobre el simposio propiamente dicho, porque me parece que la realidad que éste representa se relaciona de alguna manera con la otra, y hasta me atrevería a suponer que, de una manera invertida, como efecto contrario, arroja alguna luz sobre ella.

La organización y realización del simposio se debe íntegramente a Robert Wool, presidente del *Inter American Committee*, y a sus colaboradores más cercanos. El propósito fue reunir, dentro de un clima de absoluta libertad y de una manera privada, a un grupo de escritores, pintores, editores, economistas, periodistas, intelectuales en general, para que durante seis días, por cuenta del propio *Committee*, cambiaran ideas en una serie de mesas redondas y conversaciones que tendrían lugar en el Hotel Barranquitas, en Puerto Rico. Después, el grupo se trasladaría a Nueva York, donde los organizadores del simposio facilitarían a los participantes la oportunidad de entrar en contacto con gentes relacionadas con su profesión; y finalmente el mismo grupo viajaría a Washington con el objeto de entrevistarse con algunas personalidades del gobierno. Se esperaba también que del simposio salieran algunas sugerencias para enriquecer los planes de intercambio cultural en Latinoamérica misma, y entre Latinoamérica y los Estados Unidos, que el *Inter American Committee* considera como su función principal. Supongo que, para la mayor parte de los participantes, el simposio representaba, como para mí, antes que nada la oportunidad de entrar en contacto directo con un grupo de artistas latinoamericanos y estadounidenses, que de otra manera sólo podríamos conocer a través de sus obras y en muchas ocasiones ni siquiera a través de ellas, dada la reconocida falta de comunicación entre nuestros países. Por otra parte, significaba también la posibilidad de conocer Puerto Rico y Washington, y volver a ver Nueva York.

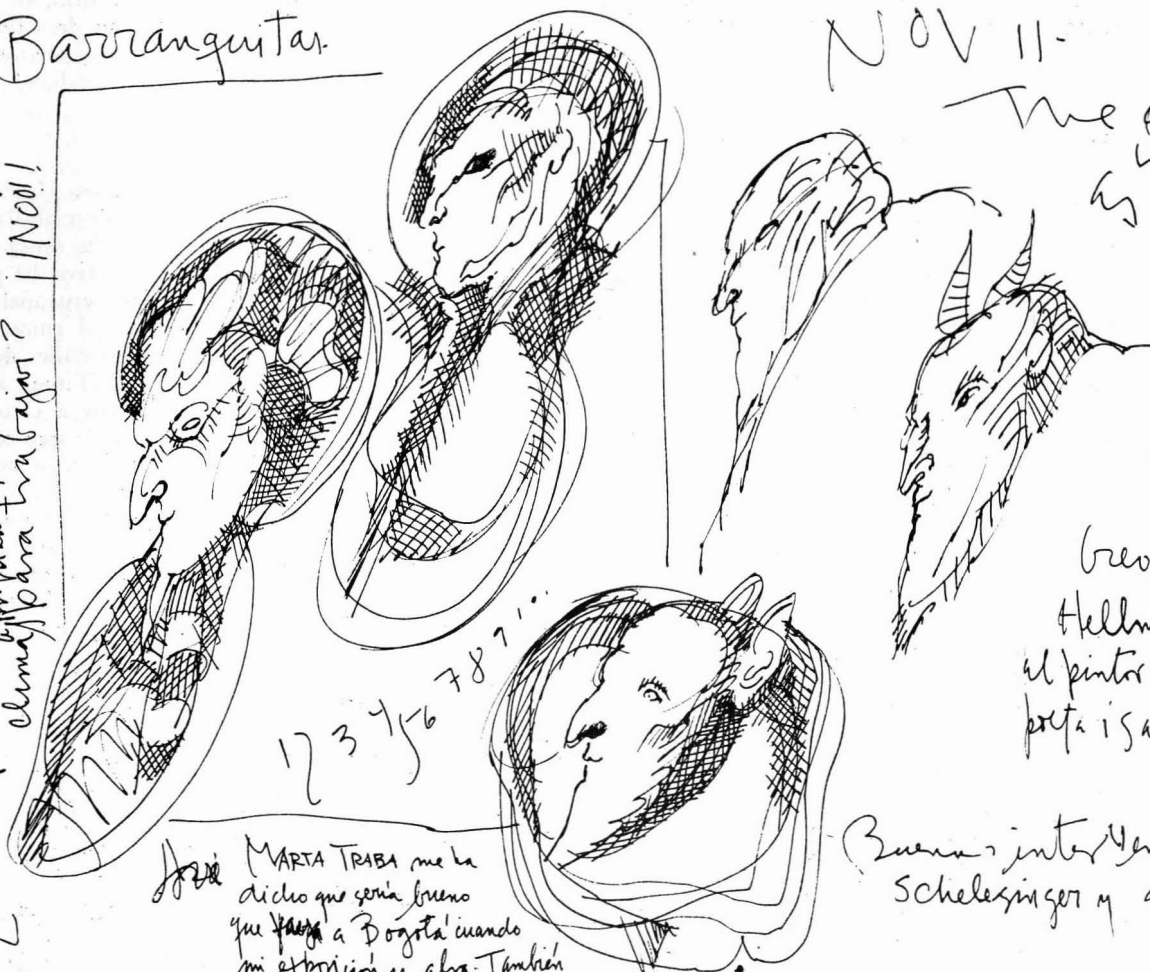
En estas notas no pretendo recoger todos los acontecimientos del simposio. Por un lado, porque me sería materialmente imposible: no he llevado apuntes, no había ni siquiera proyectado escribir sobre él, y aún ahora no estoy seguro de que pueda hacerlo, atendido como estoy a una serie de recuerdos e impresiones que inevitablemente giran alrededor de ese último acontecimiento principal. Por otro, porque los estatutos del simposio establecen que se conserve la índole privada de las discusiones que tuvieron lugar en él y sólo se hagan declaraciones a título

\* Estos apuntes fueron realizados por José Luis Cuevas durante el simposio organizado por el *Inter American Committee*, mientras se desarrollaban las mesas redondas, durante las discusiones o en distintos momentos libres.



Barranquitas.

En tu opinión, ¿tu casa que en tu país hay un clima para trabajar? ¡NOO!



NOV 11-

The artist individual as an artist.

Creo que William Hellman ha confundido al pintor F. Bacon con el poeta Isabelino F. Bacon...

Buenas intervenciones de Schelesinger y Goodwin.

MARTA TRABA me ha dicho que sería bueno que fuera a Bogotá cuando mi apropiación se abra. También invito a García Ponce. Ambos daban conferencias.

personal. Así pues, estas notas no tienen otro propósito que trasladar mis impresiones sobre personas y lugares, antes que sobre ideas, aunque sería imposible evitar que éstas califiquen en cierta forma la naturaleza de esas impresiones.

Un poco arbitrariamente, lo primero que se me ocurre recrear es la imagen que ha dejado en mí Puerto Rico. Nuestras posibilidades de entrar en contacto directo con la Isla estuvieron limitadas por la necesidad de permanecer durante casi todo el tiempo en el aislamiento que implicaba nuestra residencia en el Hotel Barranquitas, situado en la zona montañosa, a dos horas de viaje por carretera de San Juan y a diez minutos del pueblo del mismo nombre. Sin embargo, conté con una afortunada tarde de domingo, espléndidamente perdida en Barranquitas, con dos días completos en San Juan (al principio y al final del simposio), aparte de otras dos noches, y sobre todo con el inmediato contacto con un paisaje, un clima, una fisonomía muy determinados. Este paisaje, este clima, me hizo pensar de inmediato en Yucatán. Luego recordé que había sentido la misma sensación cuando conocí, en distintas ocasiones, Santo Domingo, Cuba y las costas de Colombia y Venezuela. La coincidencia me reveló la veracidad de una idea antigua: entre toda la zona del Caribe existe una especie de comunidad espiritual, creada en parte por las condiciones geográficas similares, pero que estoy seguro que obedece también a motivos más o igualmente profundos, que en cierta forma obliga a establecer cierta similitud entre esta zona y la del Mediterráneo. Muy probablemente, el Caribe es el Mediterráneo de América. En él se encuentra la misma misteriosa y evidente unificación de tipos, de caracteres, además de la de clima y paisaje, que derriba todas las separaciones nacionales y establece una frontera mucho más efectiva, más firme, una frontera que sólo podemos considerar espiritual. Intentar definir en qué consiste esa unidad es imposible para mí; se trata más de una sensación, un sentimiento, que de un concepto apoyado en hechos comprobables; pero este sentimiento se vio fortalecido por las pocas, superficiales, oportunidades que tuve de hablar con los taxistas, los meseros, con algunos jóvenes del pueblo de Barranquitas.

Aunque podría escribirse mucho sobre el triste y aparentemente inevitable destino del idioma español en Puerto Rico, en todas las personas con las que pude cambiar algunas palabras

advertí el mismo afable, directo afán de comunicación, la misma facilidad para establecer una conversación que no descansa en las habituales frases hechas, sino que inmediatamente adquiere ese tono personal que caracteriza a toda la zona del Caribe. En este sentido, recuerdo especialmente dos experiencias: el primer viaje desde San Juan a Barranquitas, que Juan José Gurrola, José Luis Cuevas y yo realizamos por nuestra cuenta en un taxi, en compañía de otros dos pasajeros que se dirigían al mismo lugar; y el baile de un club particular al que algunos de los participantes del simposio fuimos invitados casualmente cuando caminábamos sin rumbo fijo por las calles de Barranquitas. En el viaje en taxi, un chofer y nuestros dos compañeros de ruta empezaron a acosarnos inmediatamente a preguntas. Luego, un poco más en confianza ya, hicieron algunos chistes sobre el matrimonio de Pablo Casals y, más adelante, contestaron con absoluta naturalidad a nuestras preguntas sobre los problemas políticos de Puerto Rico. Sobre este tema, sin que la limitación de los contactos permita extraer ninguna conclusión remotamente justa, no deja de ser interesante señalar que, en su totalidad, las respuestas se inclinaban a la aceptación de Muñoz Marín y el régimen que representa, exclusivamente por admiración a su habilidad política, a su calidad de "hombre fuerte" que ha sabido mantenerse en el poder durante más de veinte años, sin que los juicios pretendieran detenerse en cualquier otra consideración.

De una u otra manera, la cordialidad de nuestros compañeros de viaje, quienes terminaron insistiendo en que por lo menos los acompañáramos a tomar una copa de ron antes de dejarnos en el hotel, correspondió exactamente a la abierta simpatía y la sana curiosidad con la que los participantes del baile en Barranquitas nos invitaron a acompañarlos, simplemente porque desde las ventanas de su club algunos de ellos nos vieron pasar y advirtieron que éramos extranjeros. El contraste de esta actitud con la que, en las mismas condiciones, se encontraría en la mayor parte de los pueblos del centro de México habla por sí solo.

Finalmente, con respecto a San Juan, no deja de ser interesante advertir la rapidez con que se está transformando en una especie de sustituto de la antigua Habana. Durante el último año se han construido no menos de cuatro grandes hoteles, todos ellos con casinos, abundan los cabarets y evidentemente empieza a respirarse ese aire de fiesta artificial que caracteriza a los

centros internacionales de turismo. Quizás esta evolución es la que habla con mayor claridad del desarrollo político de Puerto Rico.

Aislado en las montañas, en medio de un paisaje de tierra alta, que recuerda el de los alrededores de Jalapa, el Hotel Barranquitas me pareció al principio poco acogedor, a pesar de la cordial bienvenida de Bob Wool y su ayudante, Charlie Bergman. En seguida, la apariencia de algunos latinoamericanos, gravemente vestidos, que conversaban con gravedad en los salones del hotel reafirmó esta primera impresión. Me retiré a mi cuarto y empecé a examinar la lista de participantes. En ella, encontré los nombres de antiguos amigos: Marta Traba, de Colombia, Jack Harrison, de Estados Unidos, Miguel Arroyo, de Venezuela... Pero durante los siguientes días de convivencia, acertadamente buscada por los organizadores del simposio, los nombres abstractos que formaban la lista de participantes se transformaron, sin embargo, primero, en una serie de caras conocidas, luego, casi en su totalidad, en un grupo de compañeros y amigos, a los que me sentía unido, independientemente de las inevitables simpatías y diferencias particulares, por la naturaleza de esa experiencia común, sin duda alguna provechosa, que fue en realidad el simposio.

Sería inútil detenerse en las diferencias. Las hubo indudablemente, no sólo en cuestiones de aspecto personal, sino, lo que es mucho más importante, también como resultado de las discusiones sostenidas durante las mesas redondas. Ninguna de ellas deformó, sin embargo, la radical limpieza, la general honestidad del diálogo. Y en la posibilidad misma de este diálogo —no sólo el sostenido en las mesas redondas, sino contando también el que se prolongaba, después de ellas, alrededor de la piscina, en las mesas del comedor, en los distintos salones del hotel— radica la verdadera importancia de la reunión. Se habló del artista como individuo, de su papel en la sociedad y de su posición ante ella; se trataron algunos de los principales problemas nacionales y políticos de Latinoamérica: el militarismo, el desarrollo económico, el sentido de la libre empresa; y se abordó también el conflicto racial, la naturaleza del prejuicio y sus proyecciones y consecuencias. En todo momento el clima de libertad y sinceridad permitió conocer necesidades y problemas, tanto en el terreno artístico, como en el social y político, y opiniones sobre la forma de enfrentarlos y resolverlos. El hecho mismo de que en ningún momento se haya pretendido llegar a un acuerdo general, ni elaborar ningún documento de conclusiones, subraya en cierto sentido la fe en la utilidad intelectual de interrogar e interrogarse, de plantear los problemas aun sin la esperanza de llegar a una respuesta inmediata, pero poniéndose en el camino de ella por el mero hecho de trasladarlos a un terreno lúcido y racional.

Seis días después, en el avión que llevaba a la mayor parte de los integrantes del grupo a Nueva York, la conciencia de este logro indiscutible estaba unida a la sensación de un enriquecimiento personal, producido no sólo por esa realidad, sino también por las nuevas relaciones que todos habíamos tenido oportunidad de establecer.

En Idlewild, el grupo empezó a dispersarse. Nos despedimos de la mayor parte de los integrantes de la delegación americana. Todavía veríamos unas cuantas veces más en el mismo Nueva York a Lillian Hellman, a Norman Podhoretz, a Robert Rossen, Thomas Messer, David Drew Zingg, Richard Morse, y en Washington volveríamos a encontrar a Dick Goodwin, Ted Yates y Arthur Schlesinger; pero Bill Styron volvía a seguir trabajando en su nueva novela en su casa de Connecticut, Jack Harrison había regresado directamente a Texas para reincorporarse a su universidad y James Baldwin decidió quedarse unos días más en San Juan, para reescribir el tercer acto de su primera obra de teatro. Ahora recuerdo con agrado la agresiva cordialidad de Podhoretz y su magnífico sentido del humor, la espléndida comprensión y la simpatía de Lillian Hellman, la sinceridad y el calor humano de Styron, la aguda franqueza y la clara profundidad de Dick Goodwin. Sería ridículo, además de imposible, intentar encerrarlos en los límites de unos cuantos adjetivos; pero es indudable que su participación en el simposio no sólo fue muy brillante, sino que contribuyó notablemente a crear un tono, una medida, en la que el humor hacía parecer imposible cualquier falsa gravedad y la opinión personal, directa, anulaba la vaguedad de las generalizaciones abstractas.

En el mismo sentido, recuerdo también la presencia clara, apoyada más en silencios significativos que en intervenciones inútiles de Miguel Arroyo y de Martín Gonçalves, la sensibilidad de Marta Traba, la nerviosa intensidad de Fernando de

Szyslo. Después de esos seis días de trato continuo, en Nueva York íbamos a estar más separados, pues el plan de actividades tenía un carácter más independiente; pero cada nuevo encuentro permitía reanudar de inmediato los lazos cordiales que se habían establecido durante el simposio.

Nueva York es la única ciudad de los Estados Unidos que conozco verdaderamente. No sería capaz de describirla, pero en todas las ocasiones en que he vuelto a ella, la sensación de regresar a un sitio conocido, en cuya vida colectiva he participado, me hace experimentarla de esa manera entrañable que produce el reconocimiento. El olor del subway, el rumor sordo y apagado del tráfico, la aburrida simetría de las calles de Manhattan, la especial vulgaridad de Broadway y Times Square, la presencia intangible de los ríos, me regresan a otros días, otros momentos. En esta ocasión, la conciencia de que contábamos nada más con unos cuantos días nos precipitó a una actividad febril. En medio de ella, la experiencia del simposio quedó relegada momentáneamente a un segundo término. Sólo el reencuentro con los participantes en el aeropuerto de La Guardia, para dirigirnos a Washington, volvió a recordarnos su realidad. Sin embargo, el grupo se había reducido bastante; de los cincuenta invitados, sólo unos quince viajamos a Washington.

En Washington, Bob Wool nos había preparado un programa de actividades que posteriormente adquiriría un doble sentido y en cierta forma, como ya he dicho, se convertiría en el núcleo central sobre el que giran todas las demás experiencias del viaje.

Gracias al *Inter American Committee*, al día siguiente de nuestra llegada, o sea el miércoles 20 de noviembre, tuvimos oportunidad de entrevistarnos con Lucius Battle, director de cultura en el Departamento de Estado, con el procurador general de Justicia Robert Kennedy, con el senador Humphrey y con el presidente Kennedy, que al día siguiente saldría de gira a Texas.

La entrevista con el director de cultura, Mr. Battle, se desarrolló dentro del mismo clima de libertad y cordial interés característico del simposio. Algunos de los participantes expusieron sus opiniones sobre la necesidad de hacer más efectivo y directo el intercambio cultural entre Estados Unidos y Latinoamérica y comentaron abiertamente algunas deficiencias características del funcionamiento de las embajadas americanas.

Después, con el senador Humphrey y Robert Kennedy, el diálogo tocaría problemas más inmediatos y provocaría reacciones más fuertes.

El senador Humphrey nos recibió en una de las oficinas privadas del Capitolio. Cuando empezábamos a instalarnos, una vez pasadas las presentaciones, sonó un timbre y el senador nos pidió que lo excusáramos un momento: se estaba votando en ese instante el otorgamiento de un crédito de ayuda y él tenía que participar en la votación, pues ésta se presentaba difícil. Regresó poco después y explicó que no se había resuelto nada todavía. Iniciamos la entrevista y otra vez volvió a interrumpirnos el timbre. El senador salió de nuevo. Al regresar nos anunció: "Perdimos la votación porque uno de nuestros senadores decidió tomar una ducha en este momento y no estuvo presente. ¡Los efectos de la limpieza!"

De ahí en adelante, la conversación se desarrolló sin interrupciones, pero poco a poco fue tomando características de monólogo. El tema fundamental fue, naturalmente, la Alianza para el Progreso. Humphrey ha realizado varias giras por Latinoamérica y tiene un conocimiento bastante directo de sus problemas. Además, es un político experimentado y sus métodos de exposición siguen una línea cuidadosamente prevista. Al principio empezó hablando con absoluta sinceridad y con una verdadera preocupación por el tema. Sin embargo, desanimado quizás por la sumisión que revelaban la mayor parte de nuestras intervenciones, fue cambiando de tono y terminó obligándonos a escuchar casi un sermón sobre nuestras propias condiciones. Quizás mi personal indiferencia ante el destino de la Alianza, unida a una especie de desconfianza hacia ese tipo de entrevistas me impidió intervenir. Por su parte, Jaime García Terrés comentó al salir que no había hablado porque el tono que habían establecido algunos de los delegados hacía inútil ya toda intervención. Así, sólo Juan José Gurrola tomó la palabra para decirle al senador que no estaba de acuerdo con él y en general los mexicanos no querían esa clase de ayuda con características casi de limosna. Y Fernando de Szyslo (del



Perú) subrayó la poca efectividad de los programas patrocinados por la Alianza.

Curiosamente, la opinión expuesta por el senador Humphrey al principio de la conversación coincidía en más de un sentido con la posición de Brasil durante la última reunión de la Alianza: no se trata de dar o solicitar dinero en términos de ayuda, sino de crear las condiciones propicias para hacer posible un libre intercambio de acuerdo con las necesidades de cada país. Por desgracia, como lo comprobaríamos más o menos abiertamente en nuestra entrevista al día siguiente con Moscoso, esta posibilidad parece todavía demasiado remota.

Sin embargo, es indudable que con Humphrey volvimos a encontrar la mejor voluntad por entablar un diálogo directo y libre. Su sinceridad, por encima de todos los matices que por momentos hacen pensar en el político profesional, fue indiscutible y sólo a nosotros puede culparse del fracaso parcial de la entrevista.

Antes, habíamos estado ya con Robert Kennedy, al que vimos menos de dos horas después de haber estado con su hermano en la Casa Blanca. Nos recibió en su oficina, un despacho enorme, profusamente decorado con los objetos más diversos:

desde el casco abollado de un policía militar golpeado en el Sur, hasta un tigre disecado, obsequio del Procurador de Justicia de un país de Asia. Entre ellos, muchos cuadros, dibujos de sus hijos, un enorme pez espada pescado en México, la reproducción del barco donde perdió la vida su hermano mayor durante la II Guerra Mundial.

Al principio, Robert Kennedy se limitó a escuchar con la cabeza apoyada en las manos, haciendo tan sólo breves signos de asentimiento con ella, la exposición que Bob Wool hizo del programa desarrollado durante el simposio. Mientras lo miraba, pensé por un momento que la entrevista iba a ser muy desagradable. Las líneas de su rostro revelaban un claro cansancio y hasta quizás un poco de impaciencia. Sin embargo, era una cara muy agradable; joven y madura al mismo tiempo, revelaba las señales que deja la responsabilidad, pero también las de la decisión y la firmeza y tal vez también un ligero exceso de confianza, más que en sí mismo, en sus ideales. Pero a pesar de esa primera impresión, la entrevista se desarrolló con toda facilidad y dentro de un clima muy agradable. Szyslo y García Terrés empezaron a hablar de la arbitrariedad con que se niegan visas para entrar a los Estados Unidos a algunos intelectuales.



tuales. Él admitió que ésa era una responsabilidad suya y aseguró que se había cambiado de política en ese sentido. Por esto, pedía que se citaran casos concretos. Se le mencionaron y prometió, con la misma intensidad con que antes había solicitado información directa, que se tomarían las medidas necesarias para evitar ese absurdo en el futuro.

—Como ustedes comprenderán —comentó finalmente—, si Jrushov ha entrado en este país, puede entrar cualquiera —y luego, agregó, sonriendo— ... a no ser que venga a dispararle a mi hermano.

Todos nos reímos.

García Terrés elogió la atmósfera de libre y franca discusión que había prevalecido en nuestros diálogos y en general se respiraba en todos los medios intelectuales de Estados Unidos, para contraponerla a la imagen que se tiene de Estados Unidos en el extranjero, culpando de esta situación principalmente a los propios funcionarios americanos del Servicio Exterior, que parecen empeñarse en negar esa atmósfera de libertad al reducir su actividad a la difusión de propaganda barata y siempre contraproducente o a ejercer presiones definitivas sobre la prensa de latinoamérica, creando esa sensación de opresión y pobreza intelectual.

Robert Kennedy admitió la importancia de este problema, cuya complejidad hace difícil su solución, mencionó también la facilidad con que la prensa latinoamericana acepta o aun solicita esas presiones.

Se habló después de la Alianza para el Progreso, sobre la que él dijo que tenía poca ingerencia, aunque le interesaba mucho y le gustaría hacer algo para que funcionara más efectivamente, y por último se tocó el tema de la Ley de Derechos Civiles y el problema del racismo. Robert Kennedy empezó a hablar entonces de la ley y los problemas que tenía que enfrentar, con la intensidad y la preocupación con que se aborda un grave problema personal. Mencionó la oposición que ésta había encontrado en el Congreso y expuso con absoluta claridad las dificultades que habría que vencer para que pasara antes del fin de año y para hacerla efectiva. En ese momento, era imposible dejar de admirar su decisión, la franqueza con que abordaba el problema, el profundo sentido de justicia que parecía animar sus propósitos, y sobre todo la intensidad con que la prolongación de ese estado de injusticia se convertía en un verdadero problema moral, que le afectaba como funcionario y como in-

dividuo. En este sentido, toda la personalidad de Robert Kennedy parece descansar sobre esa admirable capacidad para abordar los problemas de su cargo de una manera personal, humana antes que nada, proyectando la naturaleza de sus deberes hacia ese terreno íntimo, en el que la responsabilidad descansa simultáneamente en la inteligencia, la lucidez y la pasión.

Durante nuestra entrevista con el presidente Kennedy, también él mencionó en algún momento las dificultades con el Senado, quizás en relación con la Alianza para el Progreso, no lo recuerdo bien. Como ya he dicho, la entrevista duró aproximadamente cuarenta y cinco minutos. El proyecto original señalaba nada más que tendríamos la oportunidad de saludarlo, pero la conversación se prolongó más de lo esperado. Nos recibió en *The Rose Garden*, uno de los jardines interiores de la Casa Blanca, y después de conversar con nosotros unos minutos, nos pasó a su despacho. Desde el primer momento, su presencia me impresionó más de lo que esperaba. Cordial, elegante, más alto, más joven y más guapo de lo que suponía, durante nuestra conversación repitió innumerables veces un mismo gesto nervioso de una manera instintiva: sacarse los lentes del bolsillo superior del saco, abrirlos un instante y volverlos a guardar, sin llegar nunca a ponérselos; en cierta forma este gesto era la única demostración exterior que llevaba a recordar el peso de su cargo.

Es difícil separar ahora lo que sentí y pensé durante la entrevista de lo que me han hecho sentir y pensar los acontecimientos posteriores. Entonces, Kennedy era, si puede decirse así, simplemente el presidente de los Estados Unidos; ahora, indudablemente, es mucho más que eso, es un símbolo, cuyo significado último es tal vez imposible desentrañar todavía, pero que en una u otra dirección tendrá una importancia decisiva. Quizás ahora exageremos o deformemos las esperanzas depositadas en él y en lo que representaba, quizás tendamos a olvidar las desilusiones y a acentuar sus cualidades; éste es de todos modos el destino de los héroes, de las figuras predestinadas a trascenderse y permanecer más allá de sí mismas. Probablemente por esto, ahora puede hablarse en relación con él de una forma de belleza. No soy un comentarista político, ni me obsesiona fundamentalmente este aspecto de las relaciones humanas y así puedo decir que me parece particularmente sugestiva, antes que nada, esa transformación repentina de figura concreta a imagen mítica. Pero además, durante la entrevista, es indudable que su personalidad nos impresionó favorablemente a todos. No puede decirse que ninguna de sus preguntas y respuestas tuvieran un significado especial o particularmente profundo e inesperado. Se trataba antes que nada de una visita de cortesía, no de una entrevista de prensa, y Kennedy se limitó a conversar de una manera extraoficial, sin intentar detenerse en ninguno de los temas, ni pretender profundizar en ellos. Sin embargo, su naturalidad, su misma juventud, su poder de sugestión, la ausencia del más mínimo rasgo del político profesional en su trato, la fácil elegancia con que parecía llevar la dignidad de su puesto, llevaban a pensar de una manera natural en la posibilidad efectiva de ese nuevo rumbo que él intentaba convertir en la característica fundamental de su posición política. Por otra parte, en el simposio, nosotros habíamos estado en contacto con algunos de sus colaboradores —Goodwin, Schlesinger— y la impresión que ellos nos produjeron, unida a la que unas horas después nos produciría Robert Kennedy, parecía estar totalmente de acuerdo con la figura del presidente y permitía suponer la posibilidad de un equipo distinto, más abierto a la comunicación, más dispuesto a aceptar la necesidad de ciertos cambios, y sobre todo, con la capacidad indispensable para realizarlos.

Al día siguiente, la entrevista con Moscoso, nos trasladaría al plano de la ambigüedad política. Hábil, experimentado en el peor sentido de la palabra, dueño de una información estadística y abstracta sobre Latinoamérica, muy superior a la meramente incidental de cualquiera de nosotros, pero negándose por completo a enfrentar su verdadera realidad y la naturaleza de sus necesidades, logró responder a casi todas nuestras preguntas con otra pregunta dirigida a nosotros, pidiéndonos una información evidentemente innecesaria para él, en lugar de proporcionárnosla y trato de evitar toda discusión en un terreno concreto. Su posición es muy claramente la de tantos otros políticos ahora "profesionales" que, a partir de una posición izquierdista adoptada alrededor de 1930, han evolucionado hacia el centro y se encuentran hoy más o menos en la derecha, y en cierta forma, explica su fijación en figuras como la de Rómulo Betancourt y su absoluto alejamiento de la realidad de América Latina.

Menos de veinticuatro horas después de esta última entrevista, la noticia —"Asesinaron a Kennedy en Texas"— cambiaría el sentido de todas esas experiencias. Todavía la noche an-



PRISCILLA: 4U-8-4190.

Hotel Drake  
Park Ave n 56 St.  
N.Y.C.

16 Nov. 63

William Hell-  
man: 82 ST.  
63 EAST.  
RH. 44-320.  
(mañana a las  
5:30 P.M.).

Hay a las 7:30 en  
casa de Phodoretz.  
924 WEST END AVE.

Después fiesta  
en casa  
de Katherine Dun-  
ham.

Mañana tengo  
que hablar a  
la galería Grace  
Borgmicht  
(LE High 5-8040)  
1018 Madison Ave.

Magda: 51 WEST  
11 TH. ST. N.Y.C.

Brave visita al Metropolitan Museum.

The Dorchester Apartment House  
(110 EAST 57 ST., casa de Julius  
Fleischmann)  
NOV. 19. ~~8:30~~ Viaje a  
Washington.

Tom Head: 4U-8-0880  
NOV. 20. Entrevista  
(6:21.)  
con Kennedy en la casa  
BLANCA. No sé si irá  
a WASHINGTON.

LUNES 18: entrevista  
con un periodista del  
"NEW YORK Herald  
TRIBUNE" (por la noche).

"TIME": LL-6-3776.  
OVERSEAS Press CLUB.  
54 EAST 40 ST.

(Antrótrato a la manera  
de A. Durer)

Robert Wool C1-5-3783.  
LT-1-9027  
39 WEST 55TH. ST.

Charles Bergman OR-9-2073

terior, Gurrola, García Terrés y yo, habíamos cenado en casa de Ted Yates con Dick Goodwin, el senador Ted Kennedy, hermano menor del presidente, y el comentarista de la NBC David Bringley, cuya figura veríamos continuamente en la televisión durante los tres días siguientes. Algunos de los principales temas de discusión durante los días anteriores habían sido abordados y Jaime García Terrés y yo tuvimos una larga discusión de sobremesa con Ted Kennedy, Goodwin, Bringley y Martin Abronsky, sobre la intervención y algunos otros puntos de la política exterior norteamericana. Ahora, de pronto, todo eso parecía remoto e irreal. Antúnez, Head, Gurrola y yo nos precipitamos al cuarto del primero para ver confirmada la noticia en la televisión. Sin darnos cuenta, estuvimos pegados a ella más de una hora, olvidando por completo que teníamos que tomar el avión de regreso a Nueva York. La sensación general era que había ocurrido una catástrofe irremediable, en cuyas consecuencias no queríamos ni podíamos pensar. De pronto, todo el sentido general del orden de una nación parecía haberse roto para siempre. La noticia era irreal, increíble; pero todo era igualmente irreal: mi presencia ahí, en Washington, el hecho de que había conocido a Kennedy apenas

dos días antes, la sensación de que era extranjero y, sin embargo, estaba reaccionando de la misma manera que Head, con una mezcla de inquietud, angustia, incredulidad y miedo, no sólo por mí mismo, sino por el país en general. Desde afuera, llegaba de vez en cuando el sonido de distintas sirenas, que parecían aumentar la sensación de catástrofe o anunciar otra peor aún. Todo parecía posible en esos momentos. Permanecer en el cuarto era una tortura; pero también era imposible dejarlo. En el pasillo, cuando logramos convencernos de que teníamos que salir para Nueva York, y Gurrola y yo salimos para terminar de empacar y recoger las maletas, encontramos a una sirvienta y un mozo negros que lloraban mientras sacaban las sábanas sucias y recogían las bandejas con restos de comida de los cuartos. Bajamos al vestíbulo para descubrir que todos los huéspedes del hotel parecían estarlo dejando al mismo tiempo, y los empleados ni siquiera se ocuparon de preguntarnos si habíamos pagado la cuenta.

En la calle, las banderas estaban ya a media asta y la apariencia de normalidad se veía rota por cada una de las personas que encontramos llorando y por esa emoción particular, comunicada de una manera inexplicable, que produce el conocimiento de

que todos están experimentando sensaciones parecidas y al hacerlo forman parte de una unidad indestructible. Alrededor de la Casa Blanca se había reunido ya una gran cantidad de gente, que esperaba sin ningún propósito determinado, mirando simplemente hacia ella. No sé por qué, esta imagen me hizo recordar una de las novelas de Faulkner, en la que describe la concentración casi inconsciente de los habitantes de un pueblo que esperan un acontecimiento, alrededor de la cárcel, que es el lugar en el que éste debe ocurrir.

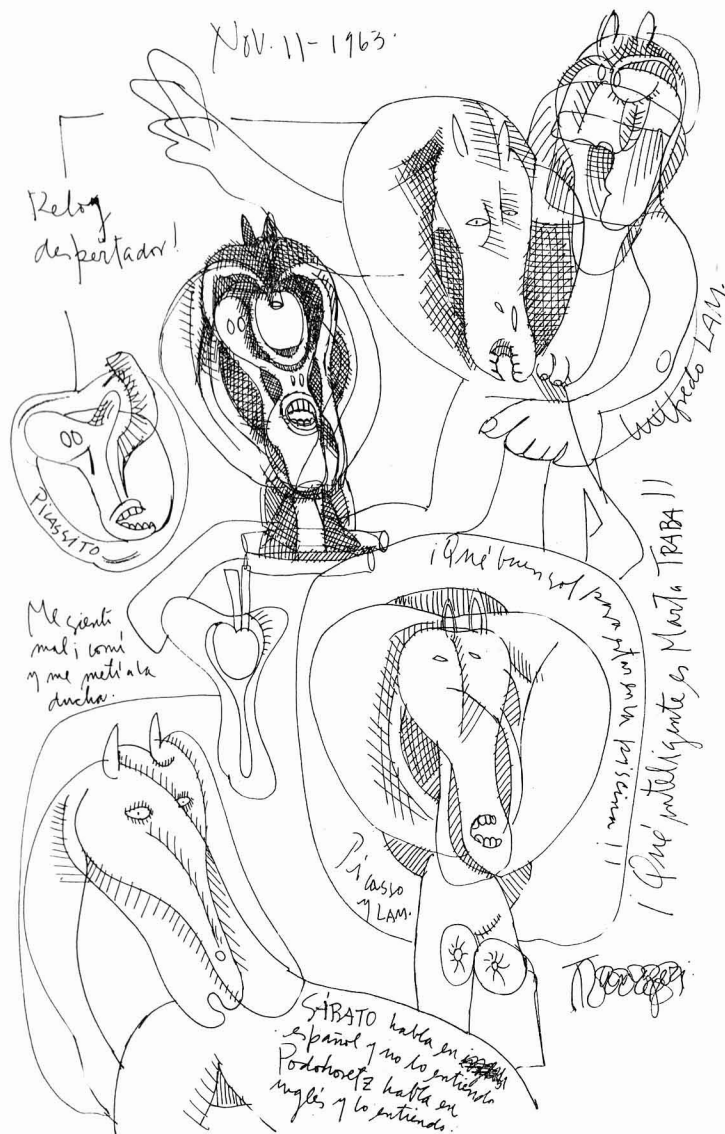
El tráfico estaba en un estado de absoluto desorden y tardamos casi una hora en llegar al aeropuerto; pero ahí el desorden, o por lo menos la apariencia de desorden, era verdaderamente indescriptible, como si de pronto todo el mundo hubiera decidido que quería estar en otro lado. Sin embargo, salían aviones para Nueva York cada veinte minutos y pudimos abordar uno antes de media hora. Ya en Nueva York, en el camino hacia Manhattan, supimos que habían detenido al posible autor del atentado. Sin embargo, las noticias eran muy inciertas todavía. Tom Head empezó a hablar con el taxista y los dos coincidían en que se trataba de un fanático que había actuado por cuenta propia, pero que muy probablemente era un racista, alguien de derecha.

Durante los dos días siguientes, en Nueva York, caminé un poco por la ciudad de luto. La mayor parte de los aparadores mostraban el retrato del presidente Kennedy. Todavía el domingo la ciudad entera parecía cambiada por el suceso. Ese mismo domingo, Charlie Bergman me pidió que lo acompañara al servicio en memoria del presidente en la Iglesia Unitaria, a la que él pertenece. Aunque no pude evitar que la mezcla de

ceremonia civil y religiosa característica de esos servicios, con su continua invocación de una fe que ya nadie parece tener, me pareciera ridícula, me impresionó la valentía con que el encargado del sermón se propuso hacer ver el asesinato del presidente Kennedy como el producto exclusivo de la irracionalidad y la violencia existentes dentro de los mismos Estados Unidos, subrayando la gravedad de la situación actual en el Sur.

El sábado, en la casa de Bob Wool, habíamos vuelto a reunirnos con él, Charlie Bergman y Tom Head, los pocos latinoamericanos participantes del simposio que todavía estábamos en Nueva York. Para entonces, todos los acontecimientos de éste parecían extraordinariamente lejanos y, en cierto forma, carentes de sentido. Sin embargo, no pude dejar de pensar, como lo pienso ahora, que, independientemente de todas las interpretaciones sobre el asesinato del presidente Kennedy que ya circulan y que circularán mucho más todavía sin que quizás lleguemos a saber nunca la verdad sobre él, y guardando además la indispensable distancia sobre la importancia de los dos sucesos, esos días de esfuerzos por lograr una comunicación real en un plano lúcido y racional, sin abandonar jamás el terreno de la inteligencia y la razón, representan al mundo diametralmente opuesto al que hizo posible que se concibiera y realizara el atentado contra Kennedy.

Por lo demás, durante esos dos días y medio en Nueva York, me dediqué casi por completo a seguir por la televisión el igualmente increíble desarrollo posterior de los acontecimientos, el velorio y la ceremonia del entierro. Con toda su pompa y la indudable emoción que proyectaba, ésta parecía singularmente absurda, pobre y carente de sentido frente al recuerdo del presidente vivo.



## DOCUMENTOS

## Escritores y políticos

Por John F. KENNEDY

El tiempo ha llegado de que esos dos grandes ejércitos de Norteamérica, los escritores y los políticos, celebren reuniones de paz y sostengan un encuentro en la cumbre, con el objeto de llegar a la convicción que deje a un lado esas armas siniestras y mortíferas de la guerra moderna: el ataque con púas, la pluma ácida, y lo más terrible de todo: la explosión retórica. Porque ni la literatura ni la política se han beneficiado en lo absoluto con su hostilidad presente y recíproca.

No constituye secreto militar alguno el desdén que el político y su gobierno experimentan hacia el escritor y el humanista. En nuestra Fortaleza sobre-el-Potomac, Washington, concedemos medallas y levantamos monumentos a notables empleados públicos, a famosos militares, a científicos prominentes y, por supuesto, a políticos retirados, pero nunca a escritores distinguidos. Abrigo muy serias dudas sobre si algún poeta nacional laureado pudiese obtener alguna vez la aprobación del Senado. Concedemos subsidios a los cultivadores de remolacha, a quienes trabajan en las minas de plata, a quienes diseminan los fertilizantes e incluso a los recolectores de miel, pero jamás a los escritores.

Por otro lado, es igualmente ostensible el desdén del escritor y el humanista hacia el político y su gobierno. Mi escritorio está inundado con libros, artículos y panfletos que critican al Congreso. Pero en muy rara ocasión, si es que ha habido alguna, he podido ver que un escritor dedique elogios ya sea a la profesión o a cualquier cuerpo de la política por sus logros, su habilidad o su integridad, no digamos ya por su inteligencia. Los políticos en la ficción —ya sean miembros del Parlamento en la época de Charles Dickens o alcaldes de Gibbville en la época de John O'Hara— resultan inevitablemente ruines, rastroeros o egoístas. Muchos de nuestros escritores e intelectuales contemporáneos suscriben los puntos de vista de Henry Adams, quien en 1869 fue interrogado con impaciencia por un miembro del gabinete: "Usted no puede emplear el tacto al tratar a un miembro del Congreso. ¡Un congresista es un cerdo! Lo que se debe hacer es tomar un palo y golpearlo en el hocico." A lo que, con ironía tranquila, replicó Adams: "¿Si un miembro del Congreso es un cerdo, qué será entonces un senador?"

Para un número considerable de literatos, los políticos de la vida real no representan otra cosa, no son más que censores, investigadores y perpetradores de lo que ha sido llamado "el grosero culto del anti-intelectualismo"; un culto que, me permito añadir, es equiparable en la presente contienda con lo que podría denominarse "el culto snob del anti-politicismo".

Los políticos y el escritor norteamericanos de hoy descienden de ancestros comunes. Porque entre nuestros primeros y grandes políticos —aquellos que presidieron en 1776 el nacimiento de la nación y que en 1787 testificaron su bautizo— participaba la mayoría de los primeros y más notables escritores y humanistas del país. Los creadores de la Constitución de los Estados Unidos fueron también los creadores del humanismo norteamericano. Las obras de Thomas Jefferson, Madison, Hamilton, Benjamín Franklin, Tom Paine, John Adams y Samuel Adams —para nombrar sólo a unos cuantos— influyeron por igual en la literatura y en la geografía del mundo. Consideraban a los libros sus herramientas de trabajo, no sus enemigos.

Locke, Milton, Sidney, Montesquieu, Priestly, Coke, Bolingbroke, Harrington y Jeremías Bentham se contaban entre quienes, ampliamente leídos en los círculos políticos, eran frecuentemente citados en los panfletos. Nuestros líderes políticos participaron en el libre comercio de las ideas con resultados perdurables, tanto aquí como en el extranjero.

Por más de un siglo, se mantuvo intocado en Norteamérica este vínculo entre los mundos de la literatura y la política. Los presidentes de la república, los senadores y los congresistas no eran tan sólo filósofos políticos; eran también biógrafos, historiadores, ensayistas, humoristas y, en algunos casos, poetas y narradores. Considérese por ejemplo, este poema dedicado a una joven:

*¿La recuerdas?*

*Sí, la hermosa muchacha  
cuya memoria fiel se apegará a su sitio,  
hasta que vaya al polvo mi corazón ardiente,  
y cese en su latido este pulso salvaje.*

*No importa adónde arrojen mi barquilla  
la tormenta y el caos del mar de la existencia:  
ya no está más el ancla; el timón se ha perdido.*

*Y todavía, oh primo, me acordaré de ella.*

El autor no era Christina Rossetti, ni Robert Browning, sino un tosco senador de Texas: Sam Houston.

Incluso cuando los hombres de letras no intervenían en forma directa, su influencia sobre los acontecimientos políticos seguía siendo poderosa. Los geniales abolicionistas de Nueva Inglaterra —Ralph Waldo Emerson y John Greenleaf Whittier entre otros—, influyeron vigorosamente en los años previos a la Guerra Civil. Y la educación de Henry Adams tenía más que ver con los asuntos de la política, que con las simetrías de la Catedral de Chartres y del Monte St. Michel.

Hoy ese vínculo ha desaparecido por completo. ¿Dónde se encuentran los estadistas-humanistas? El político norteamericano actual teme, si no es que desprecia, ingresar al mundo literario con el valor de un Beveridge. Y el escritor y el humanista de nuestros días se muestra renuente, si no es que desdénoso, ante las perspectivas de abordar el mundo político con el entusiasmo de un Woodrow Wilson.

El político moderno —aunque me gustaría aclarar que suelen producirse las excepciones— sabe bien que casi nunca puede negarse aquello que dice pero que no escribe, y que lo que escribe y nunca recuerda puede volver algún día a perseguirlo como fantasma obsesionante. El reflexionar sobre el lamento de Job: "Oh, que mi enemigo hubiese escrito un libro", ha sido más de una vez la causa que detiene la pluma de los políticos. Se considera como relativamente seguros los diarios y las memorias que se publican al final de una carrera política, ya que agregan la ventaja incalculable de la percepción tardía, pero incluso ese tipo de testimonios son cada vez más escasos. La única ficción que invoca la mayoría de los políticos modernos es la plataforma de partido; la única musa a la que atienden es su líder de partido. Y por lo que se refiere a las obras de Locke, Milton, Coke y Bolingbroke, el único Locke que les interesa



John Kennedy con su hijo en la Casa Blanca



*John F. Kennedy: "que los escritores y los políticos celebren reuniones de paz"*

trabaja en el Tesoro. Milton (Berle) aparece las noches de los martes en televisión; Coke es su bebida, la pausa que refresca, y jamás han oído hablar de Bolingbroke.

Al mismo tiempo, demasiados escritores y humanistas de Norteamérica —que se olvidan del carácter político de sus antepasados— temen que el absoluto desorden de la política pueda dañar la mano extraordinaria que hace girar las obras concebidas tan cuidadosamente. “Todos los literatos —escribía John Galsworthy— pueden decirle a la gente lo que *no debe ser*: eso es literatura. Pero decirle lo que *debe hacer*: eso es política.” Muchos literatos *intentarán* decir lo que conviene hacer y en ese momento ellos intervendrán en la política. Pero muy pocos se colocarán a la vista de todos, se expondrán a las presiones de la calumnia pública y a la humillación de las urnas electorales. Prefieren permanecer en la posición del tirador: en el extremo final del rifle de una crítica política y no enfrentarse al toro. Y esto en verdad es una desgracia, porque nuestra vida política podría revitalizarse si nuestros literatos asumieran las posiciones de dirección que mantuvieron en forma tan decisiva en el pasado.

El político y el escritor de Norteamérica pueden desenvolverse dentro de un marco común: el marco de la libertad. La libertad de expresión no puede ser dividida en expresión política y expresión literaria. El sello en la puerta de la Legislatura, el Parlamento o la Asamblea —por orden del rey, el dictador o el Führer— es seguido o precedido históricamente por un sello en la puerta de las imprentas, de las editoriales o de las librerías. Y si el primer impulso hacia la libertad en cualquier tierra subyugada es dado por un líder político, el segundo será promovido por un libro, un periódico o un panfleto.

Por desgracia, en épocas más recientes, los políticos y los intelectuales han peleado con acritud —con demasiada acritud, algunas veces— sobre cómo cada grupo ha respondido al moderno desafío de la libertad, tanto en el aspecto nacional como en el internacional. Los políticos han desconfiado del criterio de los intelectuales al reaccionar ante los cantos de sirena del radicalismo; y los intelectuales tienden a acusar a los políticos de no tener una conciencia activa, especialmente aquí en los Estados Unidos, de los efectos tóxicos de la libertad restringida.

Aunque son quizás inevitables las diferencias de juicio sobre los peligros de la libertad, debe producirse, sin embargo, un acuerdo mucho más esencial sobre las cosas fundamentales. Debemos ser, en este campo, aliados naturales y trabajar juntos, estrechamente, por la causa común, contra el enemigo común.

Como posible asunto literario, la política, los políticos y el gobierno —desde que el primer hombre esculpizó sus pensamientos en las paredes de las cuevas— ceden sólo en importancia al tema del amor. La relación de un Salomón con la Reina de Saba, las conquistas de Carlomagno, la tragedia de un Rey Lear, todos éstos son relatos sobre políticos, sus gobiernos, sus leyes, sus batallas. Es un problema político colgar a las brujas de Salem, matar con una daga a Duncan en Inverness y disputar sobre los restos de César en Roma. Por la política Juana de Arco murió en la plaza de la ciudad de Rouen. De Bounivard fue enviado a los calabozos de Chillon; Davy Crockett combatió en El Álamo. Sin la política y los gobiernos, no habría espías, ni intrigas palaciegas, ni revoluciones, ni prisiones, ni casas de pobres.

La política y el gobierno han conmovido las vidas y las obras de todos los escritores y poetas que merecen nuestra admiración. Por su causa, Lawrence fue enviado a Arabia, Byron pereció bajo la lluvia de Missolonghi, Poe fue dado de baja en West Point y Rupert Broke partió a morir en una isla del Egeo.

Pero no es éste un camino de un solo sentido. Ha sido igualmente vasta e inconmensurable la influencia de la literatura sobre el desarrollo de nuestra vida política. Una y otra vez, grandes obras de la literatura como *El Contrato Social* de Rousseau han provocado grandes luchas sociales; y una y otra vez, grandes luchas sociales han hecho surgir grandes obras literarias.

Los políticos modernos, al margen de lo que puedan decir, no pueden seguir adelante sin los escritores; del mismo modo que los escritores no pueden continuar sin los políticos. Son en gran parte los libros y los artículos —ya sean de ficción (como *La cabaña de Tío Tom* o *Los envenenadores de Chicago* (*The Jungle*, de Upton Sinclair), o recolección de hechos (como *Las memorias de generales*) o filosóficos (como *La opinión pública* de Lippmann)—, el medio por el que obtenemos, quienes estamos en la arena política, nuestras ideas, nuestros ideales, nuestros temas y nuestra inspiración.

“Los poetas —escribió Shelley en la conclusión de su *Defensa*

*de la poesía*— son los legisladores que el mundo jamás reconoce.” Esto contiene más elementos de verdad que lo que estarían dispuestos a reconocer la mayoría de los legisladores. Las causas, las cruzadas —incluso las críticas— de los literatos y los periodistas nos estimulan y nos ayudan para conducirnos. Por mucho que resulten irritantes los comentarios mordaces de nuestros críticos intelectuales, ya sean liberales o conservadores, hay pocos miembros del Congreso que desearían colocarse a salvo de cualquier reproche, que desearían situar sus conclusiones —correctas o equivocadas, sabias o peligrosas— fuera del alcance de la corrección y del cambio.

Un incentivo común determina al político y al escritor: la aprobación pública. “¿Cuántos libros venderé?”, pregunta el escritor. “¿Cuántos votos obtendré?”, pregunta el político. El problema, por supuesto, es impedir que se vuelva dominante el deseo natural de aprobación pública que ambos grupos experimentan.

Ciertamente, la existencia política presenta problemas reales, ya que allí el número de tentaciones y presiones para aceptar la vida sensual del compromiso interminable es quizá mayor que en ninguna otra profesión. Desgarrado entre sus obligaciones hacia su distrito electoral, su preocupación por la seguridad de su familia, su gratitud hacia quienes le apoyaron, su lealtad hacia su partido, sus ambiciones personales, su sentido del deber público y su conciencia de que lo correcto y lo incorrecto en la mayoría de los asuntos están mezclados casi inextricablemente, el político prosigue dando traspies, y buscando defenderse de sus críticos, de los cuales sólo unos cuantos son desinteresados. En pocas profesiones como en la política, se espera que un hombre sacrifique su honor, su prestigio y su carrera elegida en un solo asunto. No quiero decir que los escritores, los maestros y otros, no se enfrenten a decisiones difíciles que comprometen su integridad; pero pocos enfrentan esas decisiones como los políticos: a la luz de los reflectores de la publicidad.

No es pues de sorprender que no tengamos más hombres provistos de valor político, deseosos de ir hasta el fin por sus creencias. No es de sorprender, entonces, que hace unos cincuenta años, un senador famoso se hubiera acostumbrado de tal manera a la precaución política y a reservarse sus opiniones, que cuando fue a ver a unos siameses en un circo, le dijo cautelosamente al encargado de la exhibición: “Serán hermanos, me imagino.”

Y no es motivo de sorpresa tampoco lo que de otro senador de una generación pasada, con tendencias y cautelas similares, William B. Allison de Iowa, se llegó a decir: que si se construyera un piano desde la Cámara del Senado hasta Des Moines, Allison podría recorrer todo el camino sobre las teclas sin tocar siquiera una nota.

Por desgracia, hay pocos grupos donde los problemas del político se observen con esa mínima y genuina comprensión que caracteriza a escritores y novelistas, quienes parecen poseer el talento para discernir lo bueno y lo malo en todos los asuntos, sin padecer ninguna de las dificultades que sobrelleva el político. Es esta facultad extraordinaria de tantas figuras literarias la que precipitó la declaración de Lord Melbourne, quien afirmó que a él le encantaría estar tan seguro de cualquier cosa, en la misma forma en que el joven historiador T. B. Macaulay parecía estar tan seguro de todas las cosas.

No deseo minimizar las dificultades a las que el escritor se enfrenta en el empeño de ser fiel a su talento.

Ni siquiera defender el arte del político si sus resultados han de estar —en palabras de Shaw— “mancillados por el compromiso, podridos por el oportunismo y enmohecidos por la conveniencia”. Desde luego, no buscaré ninguna suspensión de las facultades críticas cuando se aplican a mi profesión.

Porque es uno de los rasgos distintivos del totalitarismo el que la crítica se dirija únicamente contra los enemigos del Estado, más que contra el Estado mismo. Y es un hecho cierto el que con demasiada frecuencia ha sido el escritor, y no el político, el amigo más verdadero de la libertad. Y yo sugiero la necesidad de una mayor comprensión de los problemas difíciles y auténticos que trae consigo el gobierno venturoso de un Estado democrático.

Y quisiera concluir este llamado a la unidad, insistiendo de nuevo en la urgencia de reconocer cuán inextricablemente entrelazados se encuentran los destinos y las profesiones de nuestros políticos y escritores. En este sentido, la síntesis de nuestros esfuerzos y talentos puede proporcionar un más grande servicio a la causa de la libertad: un baluarte para responder al desafío del futuro.

—Traducción de Carlos Monsiváis

# Ideología y sociedad industrializada

Por Herbert MARCUSE

La ausencia de libertad, mullida y cómoda, razonable y democrática, que reina en la civilización industrial avanzada, parece ser una marca del progreso técnico. En efecto, ¿qué hay más racional que sofocar la individualidad para mecanizar y "estandarizar" las actividades que siendo necesarias a la sociedad, son —como quiera que sea— dolorosas, que concentrar las empresas individuales dentro de las grandes sociedades más redituables y más productivas, que reglamentar la libre competencia entre sujetos económicos desigualmente armados, que restringir los privilegios individuales y las soberanías nacionales que obstaculizan la organización internacional de los recursos? El hecho de que este orden tecnológico implica igualmente una coordinación política e intelectual es una consecuencia tal vez lamentable pero llena de promesas. Los derechos y las libertades que han jugado un papel esencial durante las primeras etapas de la sociedad industrial retroceden ante el advenimiento de una etapa más avanzada de esta sociedad: pierden su razón de ser y su sustancia tradicionales. Las libertades de pensamiento, de palabra y de conciencia (de la misma manera que la libre empresa que ellas han contribuido a promover y a proteger) eran ideas esencialmente críticas, concebidas para reemplazar una civilización material e intelectual sobrepasada por otra más racional y productiva. Una vez que han pasado al ámbito de las instituciones, estos derechos y estas libertades han compartido la suerte de la sociedad de la que habían pasado a formar parte integrante. El resultado alcanzado anuló las promesas iniciales.

En la medida en que la satisfacción de las necesidades vitales, fundamento concreto de toda libertad, se convierte en una posibilidad real, las libertades que son propias de un estado de menor productividad pierden su contenido tradicional. La independencia de pensamiento, la autonomía y el derecho de oposición política quedan entonces desposeídos de su función crítica fundamental en una sociedad que, en su organización actual,

parece cada día ser más capaz de satisfacer las necesidades de los individuos. Tal sociedad puede equitativamente exigir la subordinación a sus principios y a sus instituciones, y puede reducir la oposición a la discusión y al enfoque de políticas intercambiables en el cuadro del *status quo*. Desde este punto de vista, importa poco que la satisfacción siempre mayor de las necesidades esté realizada por un sistema autoritario o no; conforme asciende el nivel de vida, el no-conformismo con el sistema mismo aparece como socialmente inútil, aún más inútil si esta oposición lleva consigo inconvenientes económicos o políticos y pone en peligro la buena marcha del conjunto. De hecho, si no se consideran más que las necesidades vitales, no es posible darse cuenta de por qué la producción y la distribución de los bienes y de los servicios debería hacerse mediante el juego de las libertades individuales. En la esfera económica, la libertad nunca ha sido un beneficio absoluto para la gran mayoría de la población. Libertad de trabajar o de morir de hambre, ello significaba el menester, la amenaza de la desocupación y la angustia; así, también la eliminación de la necesidad inherente al individuo de afirmarse como libre sujeto económico en la lucha por la existencia, sería uno de los más grandes logros de la civilización y el proceso tecnológico —que lleva cada vez más hacia una mecanización y hacia una "estandarización" más completas—, y permitiría —economizando el gasto de energía individual consagrado ahora al trabajo enajenado— que esta energía liberada se dirigiera hacia los dominios que están más allá del reino de la necesidad. La estructura misma de la existencia se vería transformada. El hombre existiría como individuo en la medida en que estaría liberado de un aparato que le impone necesidades y exigencias, sería libre de ejercer su autonomía y de disponer de su propia vida. Esta autonomía no estaría en contradicción con una planificación que dirige el aparato hacia la satisfacción de las necesidades vitales, y tal control, lejos de destruirla, la haría, por el contrario, más



“¿qué hay más racional que sofocar la individualidad para mecanizar las actividades?”



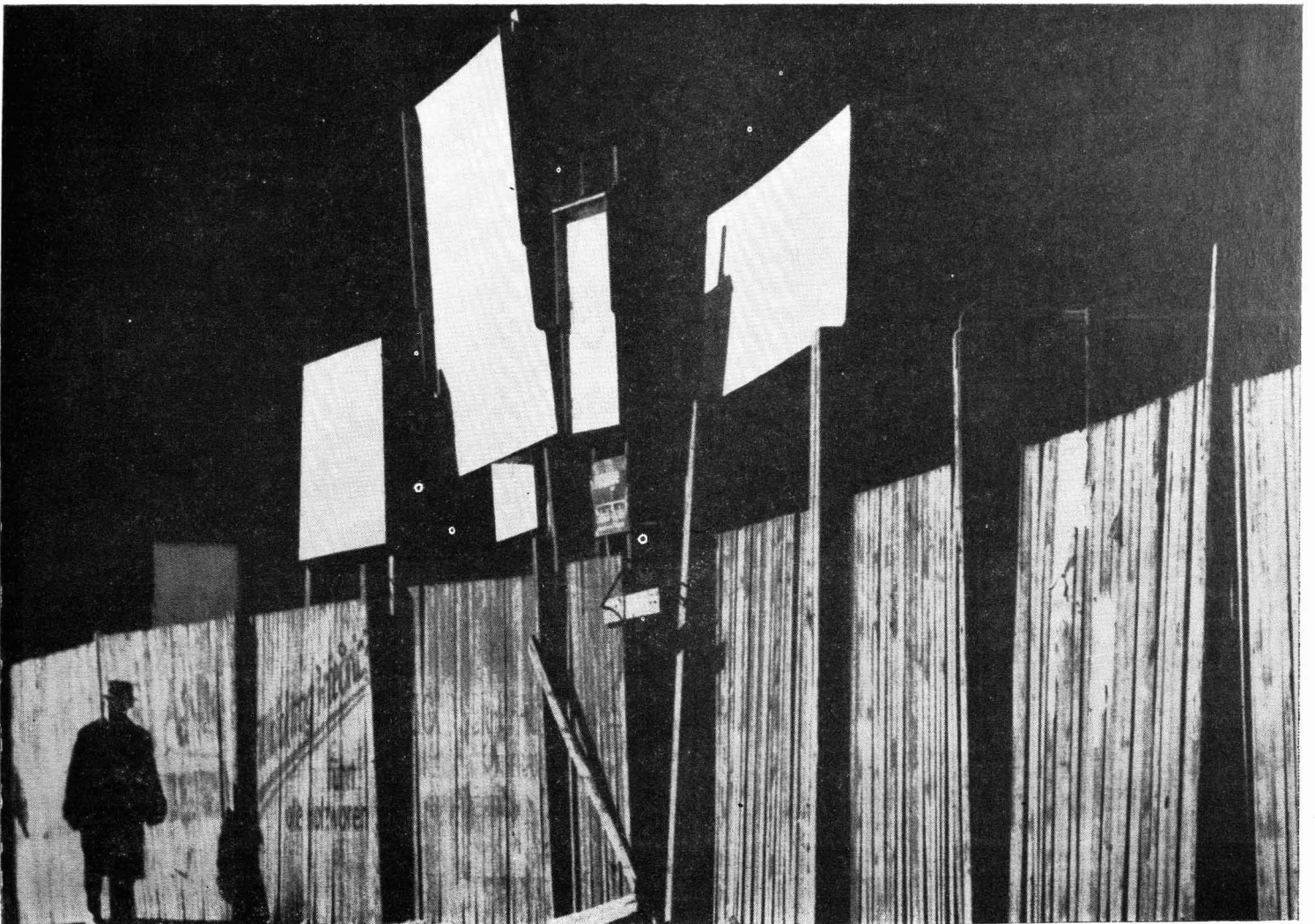
asequible. Sería un objetivo que la civilización industrial avanzada es capaz de conseguir, el "fin" de la racionalidad tecnológica.

Pero en la realidad se manifiesta la tendencia contraria: el sistema impone sus exigencias económicas y políticas de defensa y de expansión sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo libre, sobre la cultura material y sobre la cultura intelectual. De acuerdo con la manera en que ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria, pues el totalitarismo no es solamente una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación económica y técnica no-terrorista destinada a la manipulación de las necesidades mediante los intereses establecidos, que de esta manera prefigura la formación de una oposición válida contra el conjunto organizado por estos intereses. No es solamente una forma específica de gobierno o de dictadura de un partido lo que constituye el totalitarismo, sino igualmente un sistema específico de producción y de distribución que puede perfectamente ser compatible con una pluralidad de partidos, una prensa libre, fuerzas de compensación, etc. . . En la época contemporánea el poder político se impone al conjunto de la sociedad por intermedio del poder tecnológico. El gobierno de las sociedades industriales evolucionadas o en evolución no puede ser mantenido si no consigue movilizar, organizar y explotar la productividad técnica, científica y mecánica de la que dispone la civilización industrial, y esta productividad tiende a movilizar la sociedad en conjunto, más allá de los intereses particulares, individuales o de grupo. El hecho bruto de que la fuerza física (¿únicamente física?) de la máquina sea superior a la del individuo y la de todo grupo dado de individuos, hace de la máquina el más eficaz de los instrumentos políticos en toda sociedad cuya organización descansa sobre el maquinismo. Pero en virtud del mismo hecho, la tendencia política puede ser invertida, pues la fuerza de la máquina no es sino la fuerza del hombre sintetizada y presentada bajo otra forma. En la medida en que el mundo del trabajo está concebido como una máquina y en que está mecanizado de acuerdo con esta concepción, se convierte en la base *potencial* de una nueva libertad.

La civilización industrial contemporánea manifiesta que ha llegado a una etapa en que la "sociedad libre" no puede ya ser definida convenientemente en términos tradicionales de libertad económica, política e intelectual. No porque estas libertades

hayan perdido su significación, sino porque están demasiado cargadas de significación para ser encerradas dentro de las fórmulas tradicionales; ellas exigen nuevos modos de realización que correspondan a las posibilidades de la sociedad. Pero estos nuevos modos no pueden ser expresados más que en términos negativos, porque ellos representan la negación de los modos de libertad actualmente en vigor. Así, la libertad económica consistiría en ser independiente de la economía; dicho de otra manera, el hombre ya no estaría determinado por las fuerzas y las relaciones económicas: estaría liberado de la lucha cotidiana por la vida, exento de ganarse su pan. La libertad política significaría la liberación de los individuos de la política sobre la que no ejercen una acción efectiva, la desaparición de la política como rama y función separadas de la división del trabajo en la sociedad. De la misma manera, la libertad intelectual significaría el restablecimiento del pensamiento individual después de su absorción por la información y el inductinamiento de masas, la abolición de la "opinión pública" a la vez que la de los que la crean. El hecho de que estas proposiciones parezcan irreales denota no su carácter utópico sino el predominio de las fuerzas que impiden su realización por el acondicionamiento previo a las necesidades materiales e intelectuales que perpetúan formas arcaicas de la lucha por la vida.

El condicionamiento previo estandarizado de las necesidades no es necesariamente represivo por naturaleza. Por el contrario, la eliminación de la necesidad de diversificaciones estúpidas o costosas o de las necesidades de libertades de ganancia y de agresión bien puede ser una condición previa necesaria para la liberación. La concentración de todos los esfuerzos hacia la producción y distribución de lo que es necesario a todos, implica el sacrificio de las diversidades inútiles, incluyendo las formas ilusorias de libertad, como lo son aquellos dominios en los que la libertad ha perdido toda significación y toda autenticidad. (Por ejemplo, la libre competencia con base en precios decididos por las grandes empresas, la libre discusión después de la exclusión de toda opinión verdaderamente desviacionista, una prensa libre que se censura a sí misma mejor de lo que lo haría cualquier censor oficial, la libre elección entre diferentes marcas y diferentes productos inútiles.) Tal libertad puede ser transformada en un poderoso instrumento de dominación. No es la extensión de la elección propuesta al individuo la que determina el grado de libertad del hombre sino *aquello que efec-*



"Tal sociedad puede equitativamente exigir la subordinación a sus principios y a sus instituciones"

tivamente puede ser elegido por el individuo y aquello que de hecho elige. El criterio de la libre elección no puede ser jamás un criterio absoluto, pero tampoco puede ser por entero relativo. La libre elección de los amos no suprime a los amos y a los esclavos; la libre elección entre una gran variedad de bienes y de servicios no representa una libertad si, como intentaremos mostrarlo, estos bienes y estos servicios son medios de dominación social sobre una vida de trabajo y de inseguridad, o sea si favorecen la enajenación.

Las necesidades humanas existentes no bastan por sí mismas para definir la extensión de aquello que es indispensable satisfacer. Las únicas necesidades que, por su existencia misma, exigen absolutamente ser satisfechas, son las necesidades vitales, es decir: la alimentación, la instrucción, el vestido y la habitación que corresponden al nivel de civilización alcanzado, y esto para todos los hombres y en el mundo entero, pues su satisfacción es la condición previa de la realización de *todas* las necesidades, aun de las necesidades sublimadas.

Más allá del nivel vital, las necesidades humanas tienen un carácter histórico en el sentido de que su aparición, tanto como su derecho de satisfacción, son el producto de una sociedad dada y están por consiguiente sometidas a crítica y son susceptibles de ser apreciadas según criterios políticos: uno puede preguntarse si su satisfacción responde a una necesidad individual, humana o solamente a una necesidad social, a una necesidad impuesta al individuo en interés de una sociedad que se apoya sobre la represión de la libre evolución de las necesidades. Que la satisfacción de estas necesidades sociales sobreimpuestas satisfagan igualmente al individuo y lo hagan más feliz no es un criterio decisivo. Existen falsas necesidades y necesidades reales; las primeras son las que perpetúan el trabajo penoso, la agresividad y los poderes establecidos (como por ejemplo la necesidad de cambiar de automóvil cada dos o tres años, la necesidad de descansar ante la televisión, de vivir en igualdad de condiciones que los vecinos, de enriquecerse). En última instancia la cuestión de saber cuáles son las necesidades reales es algo que depende de los propios individuos, a condición de que sean capaces de autonomía, capaces de dar una respuesta personal. Mientras sean indoctrinados y manipulados por una sociedad sobreimpuesta (manipulados aun en sus instintos), su respuesta a esta pregunta no puede ser considerada como una respuesta personal. Pero, además, ningún tribunal puede arrogarse el derecho de decidir qué necesidades deben ser creadas y satisfechas. De todos modos eso no resuelve el problema de una dictadura verdaderamente educativa, y una sociedad que tiende a someter su propia población a una administración total, no tiene el derecho de impugnar o de burlarse de tal idea.

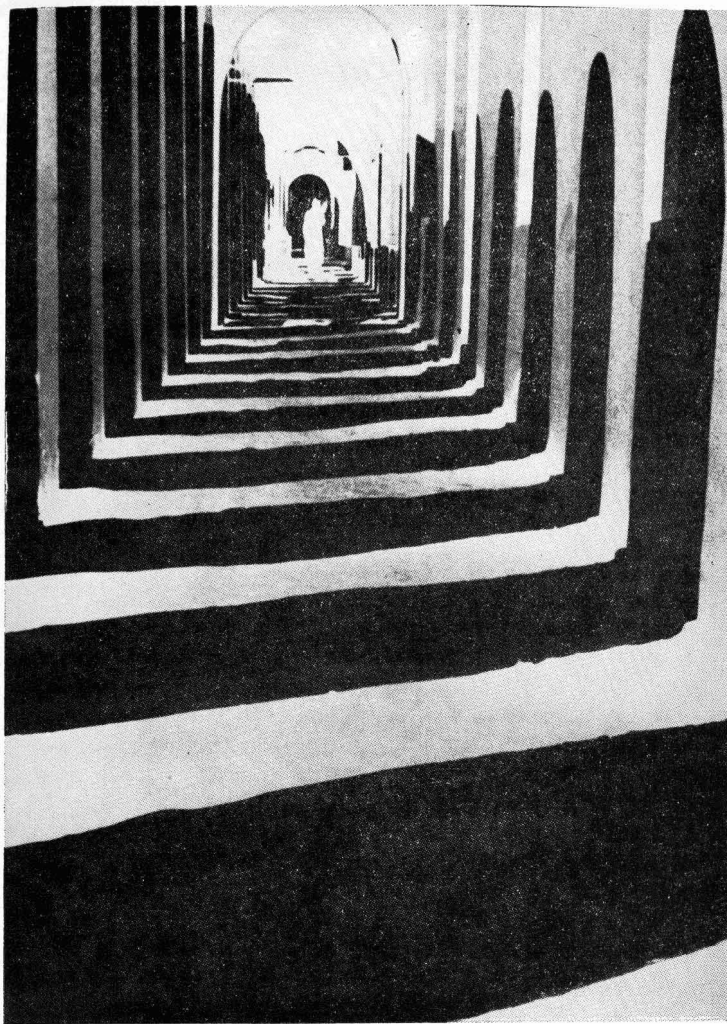
La tendencia totalitaria de la sociedad industrial avanzada convierte la distinción entre las necesidades sobreimpuestas y las necesidades auténticas en algo puramente teórico: la transformación de necesidades sociales en necesidades individuales es tan real que parece imposible o arbitrario distinguirlas. ¿Puede acaso diferenciarse en los medios de información el papel de información propiamente dicho y el de distracción, del papel de indoctrinación y de manipulación? ¿Puede distinguirse en el automóvil su aspecto problemático de su aspecto práctico?, ¿en la arquitectura funcional sus fealdades de sus comodidades?, ¿las industrias que trabajan para la defensa nacional de las que trabajan para su propia utilidad?, ¿el placer individual de la utilidad política y comercial que acompañan el crecimiento del índice de natalidad? Nos encontramos nuevamente frente a uno de los aspectos más irritantes de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y su eficacia, su aptitud para acrecentar y difundir las comodidades, para transformar lo inútil en necesidad y la destrucción en construcción, la extensión de su transformación del mundo-objeto en realización del espíritu y del cuerpo del hombre, todo ello hace dudar de la noción misma de enajenación. Las gentes se reconocen en su comodidad; encuentran su alma en su automóvil, en su aparato de radio, en su apartamento *duplex*, en sus aparatos domésticos. El mecanicismo mismo que aúna al individuo a su sociedad ha cambiado.

Las formas actuales de la empresa en la sociedad son tecnológicas en un nuevo sentido. Es un hecho indudable que la estructura y el rendimiento técnico del sistema productivo (o destructivo), han jugado un papel de gran importancia para lograr la sumisión de la población a la división del trabajo en la sociedad durante todo el periodo moderno. Además, esta integración siempre ha estado acompañada de formas de sujeción más manifiestas: pérdida del empleo, justicia, policía, fuerzas armadas. Y todavía lo sigue estando. Pero en la época contemporánea la empresa tecnológica aparece como la encarnación

misma de la Razón para el mayor bien de todos los grupos e intereses de la sociedad a un grado tal que toda contradicción parece irracional y toda oposición imposible. No ha de sorprender, por tanto, que en los países en los que esta civilización es más avanzada, la empresa social se interioriza de tal manera que la rebelión del individuo es afectada hasta sus raíces: la negativa del intelectual y del hombre sensible a seguir al rebaño es considerada marca de neurosis y de impotencia. El aspecto socio-psicológico del acontecimiento político es lo que caracteriza a la época contemporánea: la desaparición de las fuerzas históricas que, en la etapa precedente de la sociedad industrial, parecían ofrecer la posibilidad de nuevas formas de existencia.

Pero la interiorización ya no es quizá la expresión que más conviene para describir la manera en que el individuo, por sí mismo, reproduce y perpetúa la empresa exterior ejercida por la sociedad a la que pertenece. Interiorización sugiere una diversidad de procesos relativamente espontáneos por medio de los cuales un yo, un *ego*, convierte lo extremo en interno; interiorización implica por lo tanto la existencia de una dimensión interior distinta e inclusive enemiga de las presiones exteriores, una conciencia y un inconsciente individuales, al margen de la opinión y del comportamiento públicos en este caso. La noción de libertad interior es efectiva: designa el dominio privado en el que el hombre puede seguir siendo él mismo, en contraposición a los otros dominios en los que existe con y para los demás hombres. Así, es precisamente este dominio interior el que ha sido invadido y desmenuzado por la realidad tecnológica: la producción en masa y la distribución masiva reivindican al individuo *todo entero* y la psicología industrial ha franqueado desde hace mucho los límites de la fábrica. Los múltiples procedimientos de introyección parecen haberse osificado en reacciones casi mecánicas. El resultado no es una adaptación sino un mimetismo: una identificación directa del individuo con el medio al que pertenece y por intermedio de este último, con el conjunto de la sociedad. Esta identificación inmediata, espontánea (que según una doctrina sociológica influyente distingue a la comunidad de la sociedad), reaparece en la etapa de la civilización altamente industrializada. Sin embargo, este nuevo carácter inmediato es el producto de un proceso complicado y científico de manipulación y de organización. Este proceso provoca el desmenuzamiento de la dimensión interior del espíritu allí donde la oposición y la protesta en contra del *status quo* pueden enraizar, allí donde reside la fuerza del pensamiento negativo, la Razón como fuerza crítica de refutación. La pérdida de esta dimensión se hace manifiesta en el debilitamiento de los elementos no-apologéticos, no-conformistas de la ideología, de estos valores, representaciones, ideas mal definidas que estaban presentes no solamente en el vocabulario básico de la literatura y de la filosofía, sino igualmente en el lenguaje corriente. Como las obsesiones y las ideas oscurantistas, los modos de pensamiento auténticamente antagónicos se convierten en víctimas de la lucha del positivismo contra la metafísica: ellos desafían toda posibilidad de validación en términos de realidad establecida. Ellos son no-operacionales y llevan más lejos que esta realidad; pero si la trascienden es para desembocar no en la nada sino en otras posibilidades históricas sujetas a interdicción. Su eliminación forma parte de la *unidimensionalidad* de pensamiento y de comportamiento que reina en la civilización industrial avanzada. Así se constituye un cuadro de pensamiento y de comportamiento en el que las ideas, las aspiraciones, los objetivos y los valores que, por su contenido, trascienden el universo establecido de las palabras y los actos, son o bien rechazados, o bien reducidos en términos de este universo, absorbidos por la racionalidad infusa y omnipresente de lo que es y de lo que *puede* ser en los límites de esta racionalidad.

Se puede relacionar esta tendencia con un desarrollo reciente del método científico: el operacionalismo de las ciencias físicas y sociales. Su significación está restringida a la representación de las operaciones particulares o de un comportamiento particular. El punto de vista operatorio está bien ilustrado por el análisis del concepto de longitud hecho por P. W. Bridgman:<sup>1</sup> "Sabemos, por supuesto, lo que entendemos por longitud si podemos decir lo que es la longitud de cualquier objeto. El físico no exige nada más. Para encontrar la longitud de un objeto debemos proceder a ciertas operaciones físicas. El concepto de longitud está por lo tanto determinado en cuanto las operaciones por medio de las cuales se mide la longitud están determinadas: dicho de otra forma, el concepto de longitud implica, de manera necesaria y suficiente, la serie de operaciones que sirven para determinar la longitud. De una manera general, entendemos por concepto nada más que una serie



"negación de los nudos de libertad actualmente en vigor"



"actividades de vacaciones, asimiladas por el status quo como parte de su propia higiene"

de operaciones: el concepto es sinónimo de la serie de operaciones correspondientes."<sup>2</sup>

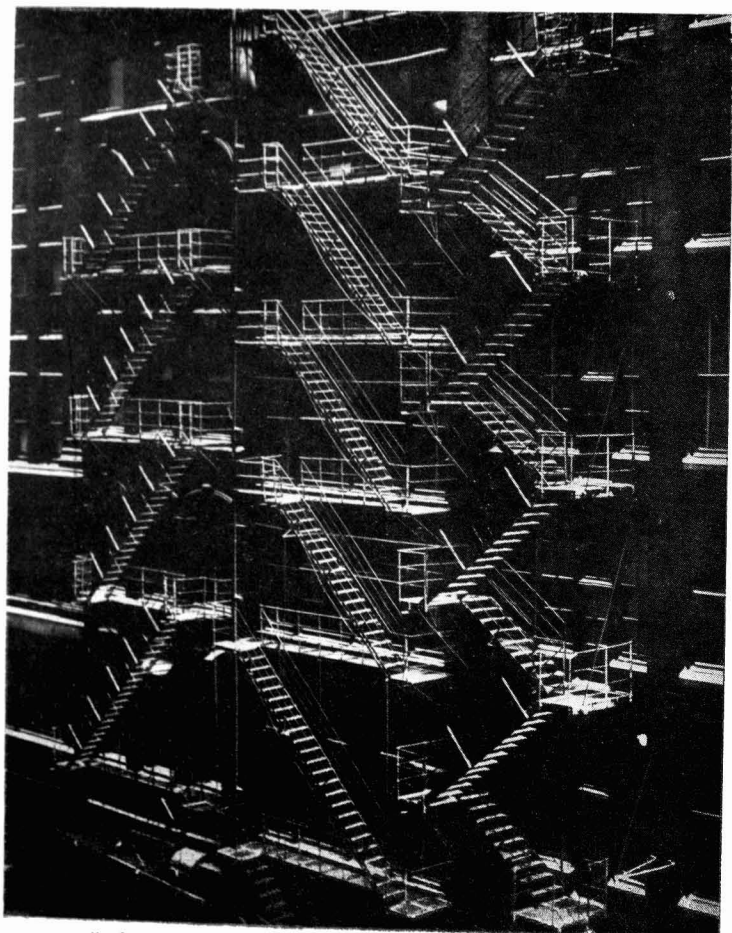
Bridgman ha visto bien las implicaciones profundas que tiene para la sociedad entera este modo de pensamiento: "La adopción del punto de vista operacional implica mucho más que una restricción del sentido que damos a la palabra concepto y representa de hecho un cambio muy importante de todos nuestros hábitos de pensamiento, por el hecho de que ya no nos permitimos utilizar como útiles de pensamiento los conceptos que no podemos definir convenientemente en términos de operaciones."<sup>3</sup>

La predicción de Bridgman se ha realizado. El nuevo modo de pensamiento es hoy en día la tendencia prevaleciente en la filosofía, en la psicología y en la sociología. Un buen número de conceptos capaces de inquietar seriamente a los espíritus son eliminados mediante la demostración de que no son adecuadamente explicables en términos de operación o de comportamiento particular. Así, este empirismo total da justificación científica a la necesidad de purgar al espíritu de los elementos no-conformistas del pensamiento y el comportamiento intelectual corresponde perfectamente al comportamiento social. Fuera de las universidades, "la importantísima transformación de nuestros hábitos de pensamiento" tiene verdaderamente consecuencias bastante graves. Los nuevos hábitos de pensamiento sirven para coordinar las ideas y los fines de individuos particulares con las ideas y los fines que el sistema establecido de la sociedad exige, sirven para encerrarlas dentro de este sistema y para rechazar las ideas y los fines irreconciliables con el sistema. El triunfo de tales hábitos de pensamiento no quiere decir que reine el materialismo ni que las actividades espirituales, metafísicas y bohemias estén perdiendo velocidad. Por el contrario se habla mucho de "Semana de la Adoración", "¿Por qué no prueba con Dios?", de filosofía Zen, de costumbres existencialistas y beatniks, etcétera... Pero tales modos de trascendencia no están ya en contradicción con el *status quo* y tampoco lo niegan. Son más bien el aspecto ritual de un *behaviourismo* privilegiado, actividades de vacaciones y de ocio que son asimiladas rápidamente por el *status quo* como partes de su propia higiene.

El pensamiento unidimensional se ve sistemáticamente estimulado por aquellos que hacen la política y por aquellos que lo proveen de la información para las masas; su lenguaje está poblado de hipótesis que son peticiones de principio y que repetidas continuamente por la publicidad se convierten en definiciones o lecciones de carácter hipnótico. Así, por ejemplo, las instituciones que entran en juego o con las que se juega en los países del Mundo Libre, son libres. Los modos de libertad que las trascienden son denominados anarquistas, comunistas, o mera propaganda. Todo atentado sufrido por las empresas privadas que no esté promovido por la iniciativa privada misma (o en lo que se refiere a contratos con el gobierno) es socialista, como por ejemplo el aseguramiento, enfermedad universal y completa, la protección de las localidades contra una comercialización demasiado intensa o el establecimiento de servicios públicos que pudieran perjudicar las ganancias privadas. Esta lógica totalitaria del hecho consumado tiene su contrapartida en el Este. Allí la libertad es el modo de vida instituido por el régimen comunista y todos los otros modos de libertad que la trascienden son ya sea capitalistas, o revisionistas, o productos del sectarismo de izquierda. En ambos campos las ideas no-operacionales son antisociales, anticientíficas y subversivas. La Razón queda transformada en sumisión a los datos concretos de la vida y a su capacidad dinámica de aumentar el número y la importancia de estos datos conservando al mismo tiempo el mismo modo de vida. Sin embargo, estos datos concretos no son los datos verdaderos. La opacidad de su fuerza y de su eficacia impide reconocer en forma definitiva que este mundo-objeto no contiene nada que no esté establecido o aceptado por una *praxis* represiva. Este hecho capital no entra dentro del pensamiento y el comportamiento cotidianos. He afirmado que tal vez ya no tiene sentido hablar de enajenación. A pesar de ello, estas dos proposiciones aparentemente contradictorias convergen, pues si los individuos se vuelven a encontrar en las cosas que modelan su vida, no es promulgando sino aceptando la ley de las cosas, que no es una ley física sino una ley de la sociedad. Durante el periodo ascendente del racionalismo moderno existía un contraste notable entre un radicalismo crítico extremo en las ciencias y en la filosofía, y un quietismo acrítico extremo en la actitud adoptada ante las instituciones sociales en vigor. El *ego cogitans* de Descartes debía pasar en silencio a "los grandes cuerpos públicos" y Hobbes sostenía que "la forma de gobierno actual debería siempre ser preferida, conservada y

considerada como la mejor". Esta dicotomía existe aún. El dinamismo que profesa y practica ideas muy dinámicas sobre el progreso y el acrecentamiento de la dominación del hombre sobre la naturaleza y sobre la sociedad, se detiene en cuanto hay que poner en juego no solamente la forma de gobierno sino la sociedad misma, en cuanto una transformación cuantitativa implicaría una transformación cualitativa, es decir, la realización de posibilidades que destruirían los modos de vida establecidos en la sociedad. Las otras soluciones pueden ser mejores o peores desde el punto de vista de la existencia del hombre, pero de todos modos para poder evaluarlas hay que ser capaz de pensar en términos no-operacionales y libres de *behaviourismo*. Esta libertad no es solamente una cuestión concerniente al "hombre interior", una cuestión de conciencia moral y de lucidez, sino que depende de las condiciones de la sociedad que permiten a los individuos separarse de los hechos establecidos, ella depende de un campo político a la vez que privado en el que esta separación puede construir y "experimentar" las otras soluciones históricas posibles. Pero este tipo de operaciones es rechazado por la sociedad y los *behaviouristas* mismos fortalecen esta represión. Estando cerrado el terreno en el que podría llevarse a cabo la trascendencia, el elemento progresista del operacionalismo queda aniquilado: el método de verificación y de falsificación procede de un *a priori* que prejuzga su campo de acción y sus conclusiones. En estas circunstancias, el operacionalismo se hace unidimensional y se transforma en arma de defensa del *status quo*, en violento contraste con la situación del empirismo durante los siglos XVII y XVIII (cuando contribuía a abrir un universo cerrado), y en contradicción flagrante con las intenciones declaradas del operacionalismo contemporáneo. La insistencia con la que se exige mantenerse dentro de los conceptos operacionales se opone a los esfuerzos consumados para colocar la conciencia ante las alternativas históricas.

Es inútil precisar que la responsabilidad de estas tendencias no incumbe ni a la doctrina operacional ni al método de análisis científico empírico. La teoría y la práctica tienen un terreno común en la organización adquirida de la sociedad industrial avanzada, en la que la racionalidad tecnológica es al mismo tiempo racionalidad política y, por medio de la dominación de la naturaleza, intensifica la dominación del hombre por el hombre. Sobre este terreno común el operacionalismo teórico y el operacionalismo práctico se funden para fraguar en el molde del comportamiento unidimensional. Las conquistas del progreso no dan lugar a la justificación o a la conde-

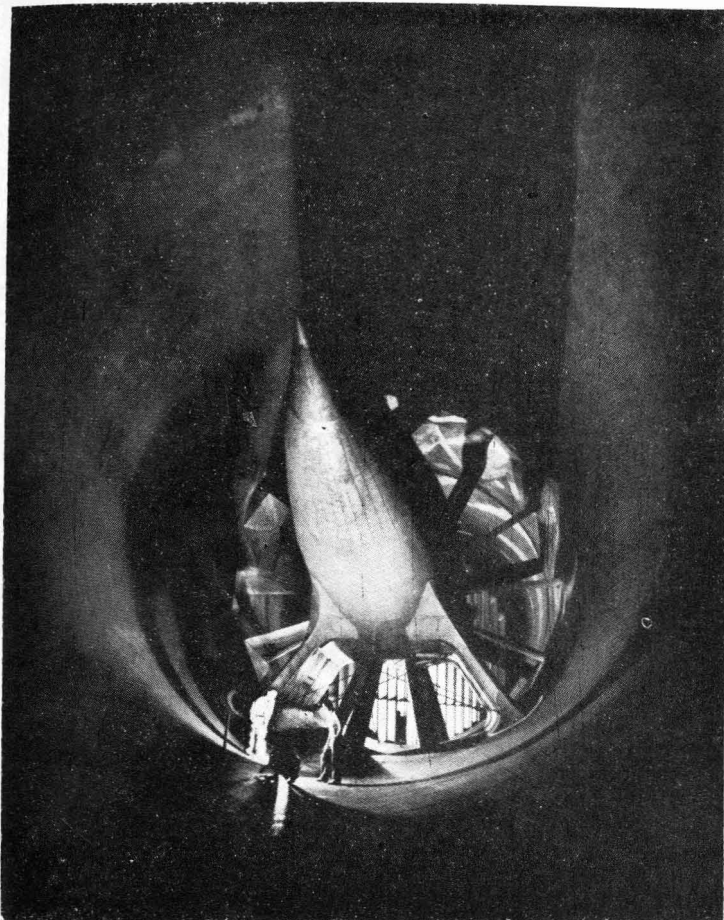


"colocar la conciencia ante las alternativas históricas"

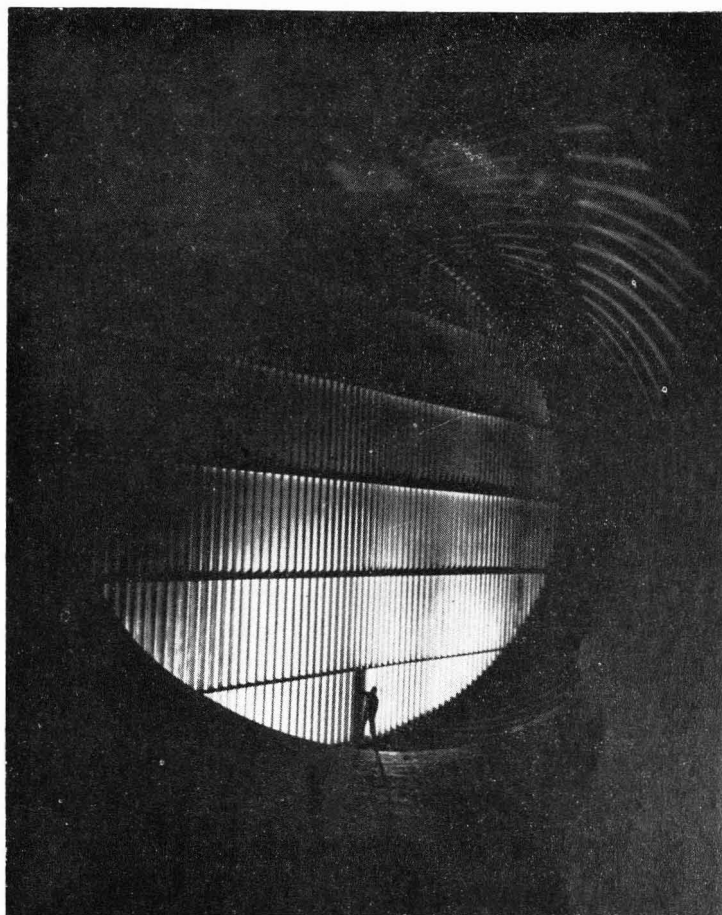
nación ideológicas; ante su realidad, la falsa conciencia se debilita al mismo tiempo que la conciencia exacta de las otras soluciones históricas posibles. Sin embargo, esta absorción de la ideología en la realidad no significa el fin de la ideología. Por el contrario, en cierto sentido, la civilización industrial avanzada es *más* ideológica que la civilización precedente, puesto que, hoy en día, la ideología se encuentra dentro del proceso de producción mismo.<sup>4</sup> Bajo una forma osada, esta proposición revela los aspectos políticos de la racionalidad tecnológica actual. El aparato productivo y los bienes y los servicios que produce, "venden" o imponen el sistema social en bloque. Los medios de transporte o de comunicación en masa, la vivienda, la alimentación y el vestido, la tentación irresistible que plantea la industria del espectáculo y de la información, todos estos bienes y todos estos servicios comportan ciertas actitudes y ciertos hábitos impuestos, ciertas reacciones intelectuales y emocionales que ligan de una manera más o menos agradable a los consumidores, a los productores y al conjunto de la sociedad por mediación de estos últimos. Los productos inductivos y manipulan a sus consumidores; suscitan una conciencia errónea. Y a medida que estos productos benéficos llegan al alcance de un mayor número de individuos, en una extensión mayor de clases sociales, el inductivismo que transmiten deja de ser publicidad para convertirse en un modo de vida. Es un modo de vida agradable, mucho más agradable que antes, y puesto que es un modo de vida agradable, milita contra una transformación cualitativa.

El operacionalismo unidimensional de la civilización industrial avanzada revela aquí su función histórica. Habiendo sido engendrado por instituciones que se convierten en obstáculos al consumo racional del progreso técnico, este modo de pensar y de comportarse tiene por fin mantener el progreso en la dirección fijada por estas instituciones. El progreso técnico tiene una finalidad histórica, es decir, el mejoramiento de la condición humana. Así, tiende hacia un punto o un nivel a partir del cual, si se le conservara manteniendo la dirección y la organización actuales, invertiría esta dirección y esta organización. Este nivel se vería atacado en el momento en que la producción material (incluyendo los servicios necesarios) pudiera ser mecanizada al punto en que todas las necesidades vitales pudieran ser satisfechas simplemente reduciendo el tiempo de trabajo necesario al tiempo marginal. Más allá de este punto el progreso técnico sobrepasaría el dominio de lo necesario en el que servía de instrumento de dominación y de explotación y que limitaba su racionalidad. La tecnología entraría en el dominio del libre juego de las capacidades, en el esfuerzo de pacificación de la naturaleza y de la sociedad. La noción de la abolición del trabajo de Marx contiene la visión de un estado análogo; la expresión "pacificación de la existencia" parece convenir mejor para designar la opción histórica de un mundo que se propone bajo el signo de una guerra total, cuya amenaza transforma y suspende las contradicciones internas de las sociedades existentes. La "pacificación de la existencia" quiere decir que en la lucha del hombre contra el hombre y contra la naturaleza, las necesidades, los deseos y las aspiraciones que se contraponen no estarían ya organizadas por los intereses establecidos en la dependencia y en la penuria, por un sistema que perpetúa las formas destructivas de esta lucha.

Una transmutación tal de la lucha por la existencia parece el "fin natural" de la tecnología, el "fin" en su doble aceptación de logro y terminación, de la liberación y del trastocamiento del progreso técnico. Antes de abordar su análisis, quisiera volver a decir hasta qué punto este fin es incompatible con las instituciones sociales que, en su funcionamiento mismo, se basan en las exigencias del trabajo necesario a la sociedad como ocupación de tiempo completo, y sobre la moral pública y privada surgida de estas exigencias. La amenaza dirigida contra los intereses establecidos está muy bien dirigida contra el conjunto, que ellos han organizado tan eficazmente que la domesticación de los hombres se acrecenta en función de la elevación del nivel de vida. La resistencia de la sociedad a la opción histórica que haría explotar este conjunto benéfico, encuentra así una base amplia y sólida en las capas profundas de la población y su ideología en la orientación rígida del pensamiento y del comportamiento sobre los datos y las posibilidades determinadas. Validado por el éxito de la ciencia y de la tecnología, justificado por su productividad creciente, el *status quo* desafía toda trascendencia: las naciones industriales evolucionadas, confrontadas con la alternativa histórica de una pacificación basada en su nivel técnico e intelectual, rechazan esta alternativa. El operacionalismo, en la teoría y en la práctica, se convierte en la teoría y la práctica de la restricción.



"el progreso técnico sobrepasaría el dominio de lo necesario"



"productividad del trabajo empleada para la perpetuación del trabajo"

En tales condiciones el progreso técnico parece petrificar la naturaleza del hombre y de la sociedad. La naturaleza humana no es una entidad inmutable y suprahistórica: por encima del plano animal, está modelada y definida por la manera en que los hombres viven en sociedad. Esto es cierto hasta para la dimensión del instinto: la agresividad, el espíritu de rivalidad, la angustia, el sadismo, el masoquismo, se manifiestan (¿y qué queda fuera de sus manifestaciones?) según el principio de Realidad que está sujeto a modificaciones esenciales. Bajo la influencia de la sociedad se convierten en "segundas naturalezas" —pero efectivamente segundas— en la obra de una intervención que puede ser anulada. A pesar de ello, la civilización industrial avanzada dispone de recursos y técnicas que permiten satisfacerlos y que pueden estabilizar la segunda naturaleza del hombre a un grado desconocido en las etapas anteriores de la civilización. Bajo su dinámica aparente, esta sociedad es un sistema de vida absolutamente estático: avanza por sí misma por su productividad tiránica y su organización benéfica. Al defender este sistema, puede suceder que el hombre, trabajando para sí mismo, trabaje contra él mismo, de tal suerte que aun la distinción entre "para" y "contra", entre el interés verdadero y el interés inmediato, entre la verdad y la propaganda, no tiene ya sentido. Este punto es alcanzado cuando la capacidad de destrucción y de derroche del sistema se convierte en sí misma en una de sus condiciones de funcionamiento y de desarrollo.

La limitación del progreso técnico corre pareja con su desarrollo en la dirección oficial. Mientras más capaz parece ser la tecnología, a pesar de los obstáculos políticos impuestos por el *status quo*, de crear las condiciones de pacificación, más se organiza el hombre en cuerpo y alma contra esta opción. Las regiones más avanzadas de la sociedad industrial presentan estas dos características: una tendencia hacia la perfección de la racionalidad tecnológica, y los intensos esfuerzos para limitar esta tendencia al cuadro de las instituciones del *status quo*. Ahí está la contradicción interna de esta civilización: el elemento irracional que irrumpe en su racionalidad. Ésta es la marca de sus realizaciones. La sociedad que ha conquistado la tecnología y la ciencia ha sido organizada de tal manera que el hombre y la naturaleza están sometidos a una dominación siempre más productiva y sus recursos a una utilización siempre más eficaz. Se vuelve irracional en el momento histórico en que el éxito de estos esfuerzos abre una nueva dimensión de la realidad humana. Una organización de paz es diferente a una organización de guerra; las organizaciones que han servido a la lucha por la existencia no pueden servir para la pacificación de la existencia. La vida considerada

como fin es cualitativamente diferente de la vida considerada como medio.

Un modo de existencia de una calidad tan novedosa no podría ser concebido como un simple subproducto de cambios económicos y políticos, como el resultado más o menos espontáneo de nuevas instituciones, aunque estas últimas constituyan una condición previa. El fin comprende un *a priori técnico*. Esto quiere decir que el cambio cualitativo debería depender de un cambio en la base *técnica* sobre la que reposa esta sociedad y sobre la que se apoyan las instituciones económicas y políticas que estabilizan la "segunda naturaleza" del hombre. Las técnicas de industrialización son técnicas políticas: en tanto que tales, prejuzgan las posibilidades del desarrollo humano más allá de la satisfacción de las necesidades vitales, o sea que ellas prejuzgan la idea y la realidad de la Razón y de la Libertad. Es indudable que el trabajo debe preceder a la reducción del trabajo y la industrialización debe preceder a la evolución de las necesidades y satisfacciones del hombre. Pero de la misma manera que toda libertad está subordinada a la conquista de lo necesario, la realización de la libertad depende de las *técnicas* de esta conquista. La más alta productividad del trabajo puede ser empleada para la perpetuación del trabajo y la industrialización más provechosa puede servir para reducir la manipulación de las necesidades. La liberación de la tecnología exige la negación determinada del progreso técnico en sus formas establecidas, el derrocamiento de la dirección misma de este progreso. Ello implica no solamente un trastocamiento político, sino también tecnológico: el surgimiento de una nueva racionalidad tecnológica y la reconstrucción del aparato técnico de la sociedad.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> P. W. BRIDGMAN, *The Logic of Modern Physics*. New York, 1927. Macmillan edit., pp. 5 y 31.

Se ha modificado y perfeccionado mucho la doctrina operacional desde entonces. Bridgman mismo extendió el concepto de "operación" hasta incluir en él las *paper and pencil operations* del teórico, pero el principio ha permanecido fundamentalmente igual. Bridgman que es "deseable" que las *paper and pencil operations* sean capaces, si bien de una manera indirecta, de ser conjugadas a las operaciones instrumentales.

<sup>2</sup> Philipp J. FRANK, *The Validation of Scientific Theories*. Boston, 1954. Beacon Press, capítulo II.

<sup>3</sup> Cf. *Ibid.*, p. 78.

<sup>4</sup> Theodor W. ADORNO, *Prismen, Kulturkritik und Gesellschaft*. Frankfurt, 1955. Ediciones Suhrkamp, p. 24.

<sup>5</sup> Este artículo forma parte del primer capítulo de un libro consagrado a la sociedad contemporánea que aparecerá el año próximo en los Estados Unidos primero, y que trata especialmente de la *más avanzada* de las sociedades industriales.

# Borges y Borges

Por Ernesto SÁBATO

## EL ARGENTINO Y LA METAFÍSICA

Observadores europeos superficiales pueden suponer tan absurda una literatura de acento metafísico en la Argentina como la fabricación de ciclotrones en Laponia. Esperan de nosotros la descripción de salvajes cabalgatas de gauchos en la llanura, solicitan o anhelan el exotismo y el color local. Lástima. Aparte el pequeño detalle de que nuestra literatura más importante sale de una ciudad monstruosa, cada uno de cuyos siete millones de habitantes está totalmente desprovisto de caballo y pampa, hay varias circunstancias históricas que explican la propensión metafísica de nuestros escritores desde los mismos orígenes; tal como sucedió en el otro extremo de América, en obras como *Moby Dick*, y por motivos parecidos.

Tanto los anglosajones en el norte como los españoles en esta parte de la América del Sur se encontraron en llanuras inmensas en las que, a diferencia de Perú o México, no existían poderosas civilizaciones indígenas sino tribus nómadas y primitivas. Mientras los mayorazgos de la nobleza hispánica se instalaban en las cortes de Lima o de México, aquí llegaban los amargados segundones para probar fortuna en este gigantesco territorio vacío, en este paisaje abstracto y desolado. Y así como las tres religiones occidentales surgieron en solitarios hombres enfrentados con el desierto, aquí comenzó a desarrollarse ese temperamento metafísico y meditativo que tipificaría al gaucho de nuestras estepas, en medio de esa metáfora de la Nada y de lo Absoluto que es la llanura sin límites ni atributos.

La fragilidad de los centros urbanos contribuyó a incrementar ese sentimiento de la finitud y de la transitoriedad. Ya en el *Facundo* de Sarmiento, escrito a mediados del siglo pasado, se advierte ese terror cósmico al espacio; mucho del odio o de la fobia nocturna e infantil que manifiesta contra el desierto y la barbarie no es otra cosa que la expresión de los sentimientos que experimenta un hombre cuando en medio de lo desconocido y las tinieblas busca la seguridad de la cueva. La Civilización (que él escribía así, con mayúscula) le proporcionaba el Orden, el Sistema, la Seguridad ante la nada y la oscuridad primigenia. Buscaba en la ciencia positiva, en la fuerza material de la locomotora, en la rápida comunicación del telégrafo la (candorosa) defensa contra los demonios que despertaban de noche en lo más profundo de su alma de americano. *Facundo* es la biografía de un jefe feudal, en quien él personifica la Barbarie. Y con violenta genialidad, pero con pueril astucia, proyecta contra ese caudillo, que es su *alter ego*, los exorcismos que en rigor están destinados a su propia alma poseída por los demonios.

Sobre estas condiciones iniciales van a suceder todavía acontecimientos que acentuarán esa propensión espiritual del argentino. Terminadas las guerras civiles, derrotados los caudillos del interior por los doctores de Buenos Aires, se inicia la Era del Progreso. Se abren las puertas a la inmigración europea, se fomenta la agricultura y la ganadería, el ferrocarril y el telégrafo empiezan a cubrir el país y el gaucho comienza a ser una raza exilada en su propia patria. Una nueva sustitución de valores se produce.

Pocos países en el mundo debe de haber en que se hayan producido en tan corto tiempo tantas sustituciones de valores y jerarquías, y, con ellas, un tan reiterado sentimiento de transitoriedad y de nostalgia. Primero fueron los conquistadores, que liquidan un sistema de vida indígena y que al mismo tiempo añoran su tierra remota; luego, los indios que pierden su propio sentido de la vida y añoran la libertad perdida; más tarde, el gaucho desplazado de su propia condición por el emigrante agricultor; simultáneamente, los viejos patriarcas criollos que ven reemplazar los viejos valores de la generosidad, de la cortesía y del desinterés por una civilización materialista y despiadada; y por fin, en los emigrantes que han abandonado un tipo de vida y añoran la tierra de sus antepasados, abandonados para siempre en este Continente desconocido.

Y no habíamos terminado de definir nuestra nacionalidad cuando el mundo del que surgíamos empezó a derrumbarse en la mayor crisis que registra la historia. Y, para mayor desdicha, a esa fractura en el tiempo, que es general a toda la civilización de Occidente, se une aquí una fractura en el espa-

cio, pues no somos ni exactamente Europa ni exactamente América. Estamos así en el fin de una civilización y en uno de sus confines. Doble fractura, doble crisis, doble motivo de angustia y problematidad.

Que los europeos que ignoran este complejo proceso se sorprendan de la índole metafísica de nuestra mejor literatura, es comprensible. Más singular es que se sorprendan los argentinos, que lo viven. Pero también tiene su explicación. Cierta tipo de nacionalista de derecha que añora una Argentina químicamente pura, quiere que sigamos escribiendo de los (inexistentes) gauchos. Y ciertos nacionalistas de izquierda nos dicen que los problemas metafísicos son propios de una vieja civilización europea, que los utiliza en una literatura decadente junto a morbosos complejos. Según esta singular doctrina, el "mal metafísico" sólo puede acometer a un ciudadano de París o Praga; y si se tiene presente que ese mal es consecuencia de la finitud del hombre, hay que concluir que para esos delirantes la gente sólo se muere en Europa, estando habitado este territorio por inmortales folklóricos.

Por el contrario, si la transitoriedad de la existencia es el hecho que alimenta esa preocupación metafísica, aquí tenemos más motivos para sentir la que en el Viejo Continente, pues somos más transitorios. En una ciudad caótica levantada sobre la nada, un conglomerado que pasó en medio siglo de doscientos mil habitantes a siete millones (fenómeno sociológico único en el mundo), en una ciudad en que ni siquiera estamos respaldados por ese simulacro de la eternidad que son los monumentos milenarios del pasado, ¿cómo es posible que una literatura profunda pueda no ser metafísica?

Y la prueba de que esta angustia no es cosa de intelectuales sofisticados y europeizantes, como esos críticos pretenden, es que la encontramos hasta en esos humildes arrabales de la literatura que son los letristas de tango: también ellos hacen metafísica, sin saberlo. Es que para esos críticos la metafísica parece que se encuentra sólo en vastos y oscuros tratados de profesores alemanes; cuando, como decía Nietzsche, está en medio de la calle, en los sentimientos y angustias del pequeño hombre de carne y hueso.

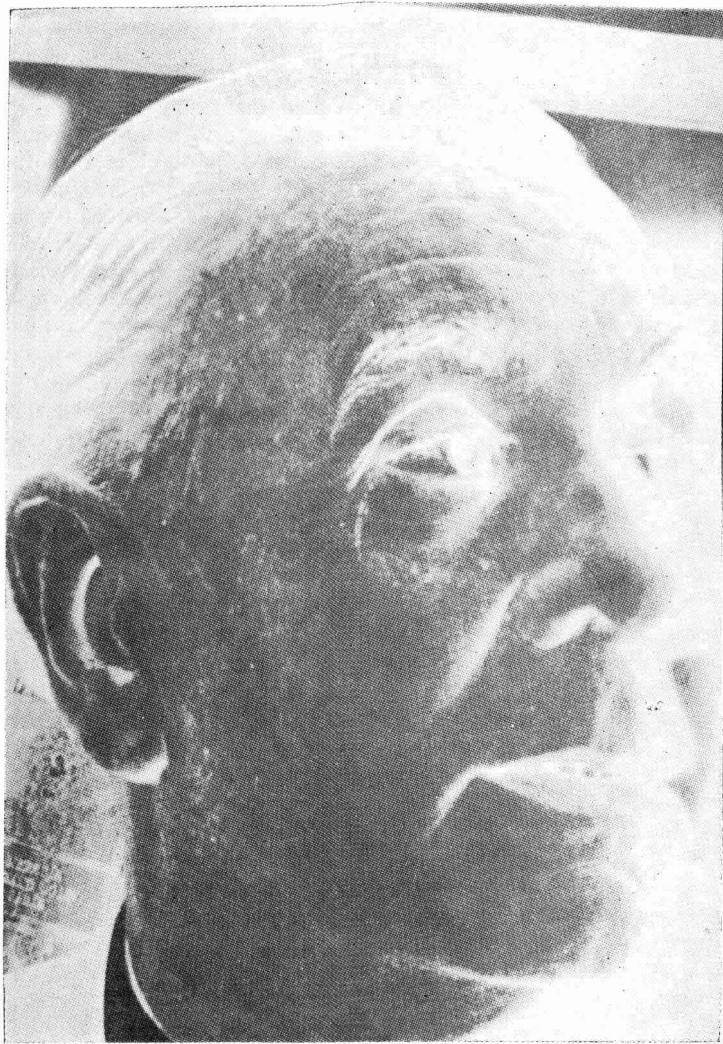
## ARGENTINIDAD DE BORGES

En el prólogo que Ibarra redactó para la versión francesa de *Ficciones*, al lado de inteligentes aciertos, sostiene equivocadamente que "personne n'a moins de patrie que J. L. Borges". Yo pienso, por el contrario, que tanto sus virtudes como sus defectos caracterizan a cierto tipo de argentino.

En primer término, su constante preocupación por el tiempo y la consecuente inclinación metafísica. Pero, además, un léxico y un estilo que no podían aparecer sino en el Río de la Plata. Como orgullosa manera de reivindicar la patria contra los advenedizos, se dan en muchos argentinos de la antigua clase agropecuaria matices lingüísticos del criollo y hasta del simple gaucho, en las que se trasluce esa mezcla de estoicismo ante el infortunio, de melancólica poesía, de velada ironía y de arrogancia detrás de una aparente modestia, propios de aquella raza de hombres de la estepa. Por vocación literaria y por orgullo nacional, Borges recoge y estiliza admirablemente esos matices, y de pronto con un giro o un par de palabras que no tienen ese grueso color local de los folkloristas crea vertiginosamente patria.

Nada hay en él, nada de bueno ni de malo, de fondo ni de forma, que no sea radicalmente argentino. Nacionalistas de la derecha y nacionalistas de la izquierda lo acusan de "euro-peísta": no entienden que hasta en ese "no" es europeo.

Sucede aquí un poco lo que sucedía en la Rusia del siglo pasado, y por motivos geográficos y sociales muy semejantes; nada en la literatura hay tanto que se parezca a una "estancia" argentina como esas grandes propiedades rurales que aparecen, por ejemplo, en *Ana Karénina*; ni tanto que se parezca a los grandes propietarios rurales de comienzos de siglo como esos señores que habitan las novelas de Turguénev o los cuentos de Puchkin. Hasta la disputa entre eslavófilos y occidentalistas es la prefiguración de esta disputa entre nacionalistas y europe-



Borges: "un puro problema de lógica y geometría"



Borges: "la filosofía no es un vano juego de distracciones y de juegos verbales"

istas de aquí. Y hoy advertimos que el pobre y vilipendiado Turguénev, con su filosofía alemana y sus toros ingleses, era tan entrañablemente ruso como el zar.

La riqueza de la clase agropecuaria, su refinamiento, la posibilidad de lectura y de ocio preparó el advenimiento de artistas de primer rango. Pero esos artistas surgieron desgarrados por fuerzas contrarias, tal como sucedía a un Turguénev en Rusia: por un lado veían a Europa como paradigma de cultura, tendiendo, en los creadores superficiales, a una mera imitación del modelo; por otro lado, sentían el llamado de su tierra, y así, cuando fueron profundos, adaptaron su valioso instrumental europeo para la expresión de su propia realidad: es el caso de Güiraldes.

También Borges ha estado sometido a esa doble tensión. Pero, más libresco que vital, más refinado que poderoso, ha producido una literatura a menudo bizantina y anémica, aunque hermosa. Pero no por carácter apátrida sino, simplemente, por temperamento. Y aunque se da en él ese peculiar tono metafísico de la mejor literatura nuestra, le falta la fuerza que exige una literatura grande. Pero tampoco eso puede reprochársele, pues nadie puede ser culpado de no ser poderoso.

Sin embargo, con raras excepciones, la izquierda lo acusa de ser lo que es. Escritores que no le llegan ni a las rodillas repudian en forma total su literatura, con lo que demuestran que ni siquiera son buenos revolucionarios; ya que un movimiento que no advierte lo que hay de trascendente en una sociedad no está maduro para reemplazarla.

Los argumentos que estos presuntos marxistas invocan son tan apocalípticos que, como esas bombas que destruyen a los que las colocan, aniquilan al propio Marx. Para estos perentorios sociólogos de la literatura, Borges practica un arte deleznable *porque* pertenece a la vieja clase dominante; método en virtud del cual el socialismo debería haber sido inventado por algún obrero metalúrgico, no por el burgués Marx y el industrial Engels. Por otra parte, nuestros nacionalistas de la izquierda reprochan no sólo a Borges sino a los mejores exponentes de nuestras letras estar influidos por toda clase de extranjeros: de alemanes como Nietzsche, judíos como Kafka y franceses como Rimbaud o Sartre. ¿Basándose en alguna doctrina elaborada por los indios querandíes en lenguaje pampa? De ningún modo: basándose en una doctrina elaborada por el alemán Hegel, el judío Marx y el francés Saint-Simon, doctrina que expresan en venerable y longevo lenguaje castellano. Para ser consecuentes con esos críticos inconsecuentes, nosotros, escritores argentinos, deberíamos escribir únicamente sobre la caza del avestruz en lengua aborigen.

Nuestra cultura proviene de Europa y ése es un hecho inevitable, y que además no hay por qué evitar. Aunque buena parte de esos elementos con que se ha levantado nuestra propia cultura vinieron de allá, desde el momento mismo en que el primer español pisó el territorio de América comenzó algo fundamentalmente nuevo. También Faulkner leyó a Balzac, admiró a Huxley, entró a saco en Joyce, sufrió la influencia de Dostoievsky. ¿Qué, quieren una originalidad total y absoluta? No existe en el arte ni en ninguna otra construcción del hombre: todo se levanta sobre lo anterior y como dice Malraux, el arte se hace sobre el arte. No hay pureza en nada que sea humano. Los dioses griegos también eran híbridos y estaban infectados de religiones extranjeras. Hay un fragmento de *El molino del Floss* en que una mujer se prueba un sombrero; es Proust. Quiero decir: es el germen de Proust; todo lo demás es desarrollo, desarrollo genial y canceroso, pero desarrollo al fin. Como germinalmente está Kafka en muchos escritores de muy diversas latitudes, y en particular en el *Bertleby* de Melville.

La originalidad no consiste en la carencia de antepasados, sino en el tono o impulso novedoso que esa herencia muestra en sus herederos. Y el carácter nacional no se revela con los (fáciles) recursos del folklore, sino con algo más sutil y misterioso: un argentino que sueña con dragones de alguna manera revela sus peculiaridades a través de esa prestigiosa bestia cosmopolita. El escritor británico más importante fue un hombre que a menudo escribió dramas con personajes romanos, daneses o griegos.

No hay literatura nacional y literatura universal: hay literatura profunda y literatura superficial. Eso es todo. Si algo es profundo, *ipso facto* expresa el alma de su pueblo y de una manera o de otra está comprometido con su tiempo. Nosotros somos argentinos hasta cuando renegamos del país, como a menudo hace Borges; del mismo modo que está denotando su espíritu religioso un presunto ateo que incendia iglesias: ya

que los verdaderos ateos son los indiferentes. Y lo que podríamos llamar los ateos de la nación son los cosmopolitas, esos individuos que viven aquí como podrían hacerlo en Londres o en Hong Kong. Como el señor Sommerset Maugham.

Borges no es de éstos. A él de alguna manera le duele el país, aunque no tenga la sensibilidad o la generosidad para que le duela incluyendo al peón de campo o al obrero de un frigorífico. Y ahí es cierto que denota falta de grandeza, una incapacidad para entender y sentir la *totalidad de su nación*, que es lo mismo que decir la *totalidad de su contemporáneo carnal*. De entenderlo y sentirlo hasta en su sucia y menesterosa complejidad. Esa comprensión, en fin, que tuvieron escritores como Dickens o Thomas Hardy, Gogol o Chéjov, Shakespeare o Balzac con sus propias y compatriotas almas.

### EL JUEGO METAFÍSICO

El Círculo de Viena sostuvo que la metafísica es una rama de la literatura fantástica. Y este aforismo que enfureció a los filósofos se convirtió en la plataforma literaria de Borges.

En uno de sus ensayos relata cómo un emperador mogol soñó con un palacio y lo hizo construir conforme a esa visión; siglos después, un poeta inglés, que ignoraba el origen onírico del palacio, sueña con él y escribe un poema. Borges se pregunta: "¿Qué explicación preferiremos? Quienes de antemano rechazan lo sobrenatural (yo trato siempre de pertenecer a ese gremio) juzgarán que la historia de los dos sueños es una coincidencia... Otros argüirán que el poeta supo de algún modo que el emperador había soñado el palacio... Más encantadoras son las hipótesis que trascienden lo racional." En un par de páginas nos propone esas encantadoras variantes.

Bastaría contrastar esos sueños u otros que abundan en su obra con la simplicísima pero siniestra pesadilla que Ana Karénina tiene con un muyik, para advertir el abismo que hay entre una literatura que se propone un deleitoso juego y otra que investiga la (tremenda) verdad de la raza humana.

El ánimo lúdico conduce al eclecticismo, tal como se ve en ese mismo fragmento: hay varias interpretaciones, cada una de las cuales implica una filosofía diferente. Por el contrario, en un escritor como Kafka hay siempre una sola y obsesiva metafísica. Y porque en Borges abundan las posibilidades, nos resistimos a creer en su creencia: sus aventuras de distinguen de la única y terrorífica aventura de Kafka como los amoríos de don Juan de la trágica historia de Tristán. En Borges hay una sola fidelidad y una sola coherencia: la estilística.

Él mismo confiesa que rebusca en la filosofía con puro interés estético, lo que en ella pueda haber de singular, divertido o asombroso: que el alípedo Aquiles no pueda alcanzar a la tortuga; que en un tiempo infinito, amontonando letras al azar, un mono pueda escribir la obra de Dante. Las paradojas lógicas, el *regressus in infinitum*, el solipsismo son temas de hermosos cuentos. Y como hará un relato con el empirismo de Berkeley y no querrá perder la oportunidad de elaborar otro con la igualmente asombrosa esfera de Parménides, su eclecticismo es inevitable. Y por otra parte insignificante, ya que él no se propone la verdad. Ese eclecticismo es ayudado por su irriguroso conocimiento, confundiendo, según las necesidades literarias, el determinismo con el finalismo, el infinito con lo indefinido, el subjetivismo con el idealismo, el plano lógico con el plano ontológico. Recorre el mundo del pensamiento como un *amateur* la tienda de un anticuario, y sus habitaciones literarias están amuebladas con el mismo exquisito gusto pero también con la misma disparatada mezcla que el hogar de ese dilettante.

Borges lo sabe y hasta lo murmura. Pero esa clase de lector que con pavor sagrado se arrodilla apenas lee una palabra como *aporía*, toma por inquietud profunda lo que en general es un sofisticado pasatiempo. Y en lugar de retener al Borges válido admira al autor de esos ejercicios.

Del temor de Borges por la áspera existencia real surgen dos actitudes simultáneas y complementarias: juega en un mundo inventado y se adhiere a la tesis platónica, tesis intelectual por excelencia. El intelecto (limpio, transparente, ajeno al tumulto) lo fascina. Pero como por otra parte quiere seguir jugando, quiere no participar en el siempre duro proceso de la verdad, toma del intelecto lo que tomaría un sofista: no busca la verdad sino que discute por el sólo placer mental de la discusión, y, sobre todo, eso que tanto gusta a un literato como a un sofista: *la discusión con palabras sobre palabras*. Lo atrae lo que la inteligencia tiene de móvil, de bipolar, de aiedrecístico.

Juguetón, inteligente y curioso, le atraen las sofistiquerías, lo subyuga la hipótesis de que *todos pueden tener razón* o, mejor todavía, que *nadie verdaderamente la tiene*. En Sócrates admira al encantador verbal, al ingenioso dialoguista que podía demostrar una verdad y la contraria a un auditorio a la vez boquiabierto e incondicional. En este momento, para él la filosofía no puede proponerse la verdad (en otro, más serio, más culpable, dirá lo contrario), y todo es confutable. Y aun cuando en el caso de la teología el problema es más grave, también allí todo será cosa verbal, todo literatura. Las herejías son variantes de la ortodoxia, tal como más apaciblemente sucede en la filosofía, pero aquí se paga con la cruz o con la hoguera; no con el tormento de Borges, que considera esas historias con ironía, con distancia, con moderado (e intelectual) asombro, como arte combinatoria: que el Demonio pueda ser Dios que Judas pueda ser Cristo. Dice: "Durante los primeros siglos de nuestra era los gnósticos disputaron con los cristianos. Fueron aniquilados, pero nos podemos representar su victoria imposible. De haber triunfado Alejandría y no Roma, las estrañóticas historias que he resumido aquí para solaz dominical del lector, serían coherentes, majestuosas y cotidianas."

En ningún relato como en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* se resume mejor ese eclecticismo: allí están todas sus inclinaciones y hasta todas sus equivocaciones, y con cada una de ellas construye un ingenioso universo. Ni él cree en lo que allí dice ni nosotros creemos, aunque a todos nos encanta lo que tiene de *posibilidad metafísica*. Y así en toda su obra: que el mundo sea un sueño, que sea reversible, que haya eterno retorno, que la inmortalidad se logre por la transmigración, que la inmortalidad se alcance en la memoria de los otros, que la inmortalidad no exista sino en la eternidad: todo es igual válido y nada en rigor vale. En un ensayo nos dirá, solemnemente, que "ni la venganza ni el perdón ni las cárceles ni siquiera el olvido pueden modificar el invulnerable pasado", pero en *Pierre Menard* nos muestra al presente alterando los rasgos de lo que fue. Y si nos preguntamos en cuáles de las dos variantes opuestas cree Borges, tendremos que concluir que cree en ambas. O en ninguna.

### NEGATIVA AL TIEMPO QUE HIERE

Sin embargo, hay una constante que tenazmente se reitera, tal vez por su temor a la dura realidad: la hipótesis de que esta realidad sea un sueño. Y como ésta es la hipótesis que el racionalismo ha defendido desde sus comienzos, el auténtico patrono de Borges es Parménides. Y debajo de esta fantasmagoría, como lo quiere Leibniz, hay siempre una explicación. De este modo, para este poeta la razón gobierna el mundo, y hasta sus sueños y magias han de ser armoniosos e inteligibles, y sus enigmas, como los de las novelas policiales, tienen finalmente una clave.

Para Leibniz no hay casualidades, todo tiene su "*raison d'être*"; y si muchas veces no la comprendemos, es porque nos parecemos a Dios pero no lo bastante. El ideal del conocimiento es el de ir reduciendo la masa caótica de las "*vérités de fait*" al orden divino de las "*vérités de raison*". Los físicos, que logran expresar el complejo mecanismo de un proceso en una fórmula matemática, realizan en la tierra ese ideal leibniziano; el día en que los hombres puedan calcular un odio o deducir un homicidio, ese filósofo por fin dormirá tranquilo. Mientras tanto, cierto género de escritores policiales tratan de calmarlo. Edgar Poe inventó ese relato estrictamente racional en que el detective no corre por los tejados sino que construye cadenas de silogismos; y en que su criminal podría (y tal vez debería) ser designado por un símbolo algebraico. Borges, en colaboración con Bioy-Casares, lleva hasta el extremo lógico el invento de su antecesor, haciendo que el detective don Isidro Parodi resuelva los enigmas encerrados entre cuatro paredes: réplica exacta del matemático Le Verrier que, enclaustrado en su cuarto de calculista, indica a los astrónomos de un observatorio la presencia de un nuevo planeta. Modesto simulacro del Dios leibniziano, don Isidro Parodi realiza una suburbana versión de la *característica universalis*. Con el suplementario (e irónico) agregado de que el cuarto en que calcula los crímenes es su celda de la penitenciaría.

En *La muerte y la brújula* se alcanza el paradigma. El autor desenvuelve ya un puro problema de lógica y geometría. El pistolero Red Scharlach odia al detective Lönnrot y jura matarlo; pero este único ingrediente psicológico es *previo* al problema y no interviene sino como primer motor. Como Borges, el criminal ama la simetría, el rigor, el diagrama y el silogismo; piensa y ejecuta un plan matemático, el detective termina por



encontrarse en el *punto prefijado* de un rombo trazado sobre la ciudad, y el pistolero lo mata como quien termina una demostración: *more geometrico*. En este cuento no se cometen asesinatos (¡Leibniz no lo permita!): se demuestra un teorema. La ciudad en que Scharlach comete sus muertes es Buenos Aires, pero parece no serlo: es una ciudad transparente y fantasmal, los nombres de sus habitantes son increíbles, la frialdad de las actitudes es inhumana. Pero, si se piensa que es la geometría del sistema lo que al autor interesa, todas ellas son virtudes, no defectos. En la demostración de un teorema es indiferente el nombre de los puntos o segmentos, las letras griegas o latinas que los designan; ya que no se demuestra la verdad para un triángulo en particular sino para el triángulo en general. Claro que, de todos modos, los crímenes deben cometerse en alguna parte; pero induciría a error dar a esa figura real un sentido demasiado preciso, como si el valor de las conclusiones dependiese de esa clase de corrección. Se necesita una ciudad un poco genérica, con nombres cualesquiera; un Buenos Aires donde todo haya sido suficientemente generalizado como para ser geometría, no mera historia y geografía. El cuento podía (y en rigor debía) haber empezado con las rituales palabras del universo matemático: "Sea una ciudad X cualquiera".

Casi podríamos afirmar que Borges ejemplifica literariamente el ilustre problema de la racionalidad de lo real, y su (temible) consecuencia: la inmovilidad. ¿Cómo sería posible comprender el efecto si *realmente* encerrase algún ingrediente novedoso? *Causa sive ratio*, el acontecer desaparece, lo diverso concluye en lo único. Después de siglos, experimentos, máquinas, filósofos y guerras, siempre esta clase de gente termina en la esfera de Parménides.

En *La muerte y la brújula* tenemos dos posibilidades de interpretación: o es el relato de algo sucedido pero rigurosa-

mente casual (Lönnrot puede prever el crimen, pero no puede impedirlo); o es la descripción de un objeto ideal como un triángulo o un hipogrifo. Pero *en cualquiera de los dos casos no hay transcurso sino en apariencia*. Como en todo universo determinista, nada es realmente nuevo y "todo está escrito", como diría alguno de esos textos musulmanes que con razón gusta de citar Borges. Al convertirse en pura geometría, el cuento ingresa en el reino de la eternidad. Y cuando lo leemos, ese museo de formas perpetuas sufre un *simulacro de tiempo*, prestado por nosotros mismos, los lectores; y en el momento en que la lectura termina, las sombras de la eternidad vuelven a posarse sobre criminales y policías. Literatura acróica, de la que racionalistas como Borges pueden saltar a conjeturas de este género: ¿No seremos también nosotros un libro que Alguien lee? ¿Y no será nuestra vida el tiempo de la Lectura?

Visto el problema así, es absurdo que nos señalen como un mérito la (indirecta) pintura de Buenos Aires que el autor realiza en ese cuento. El mismo Borges ha declarado que nunca como allí cree haber dado el tono secreto de nuestro monstruo. Lo que, de ser cierto, constituiría una lamentable falla con respecto a lo que él mismo debería haberse propuesto con rigor: ¿quería hacer folklore o demostrar un teorema? Tan impertinente sería esa pretensión descriptiva como la de Pitágoras tratando de darnos el color local de Crotona a través de su teorema de la hipotenusa.

Y sin embargo, sí: remotos murmullos porteños llegan hasta nosotros desde aquella ciudad abstracta. Filosóficamente son repudiables, pero nos revelan que a pesar de todo su autor es un poeta y no un geómetra, nos prueban que ni siquiera él puede habitar en esa metrópoli platónica.

#### VIAJE AL TOPOS URANOS Y (AMBIGUO) REGRESO

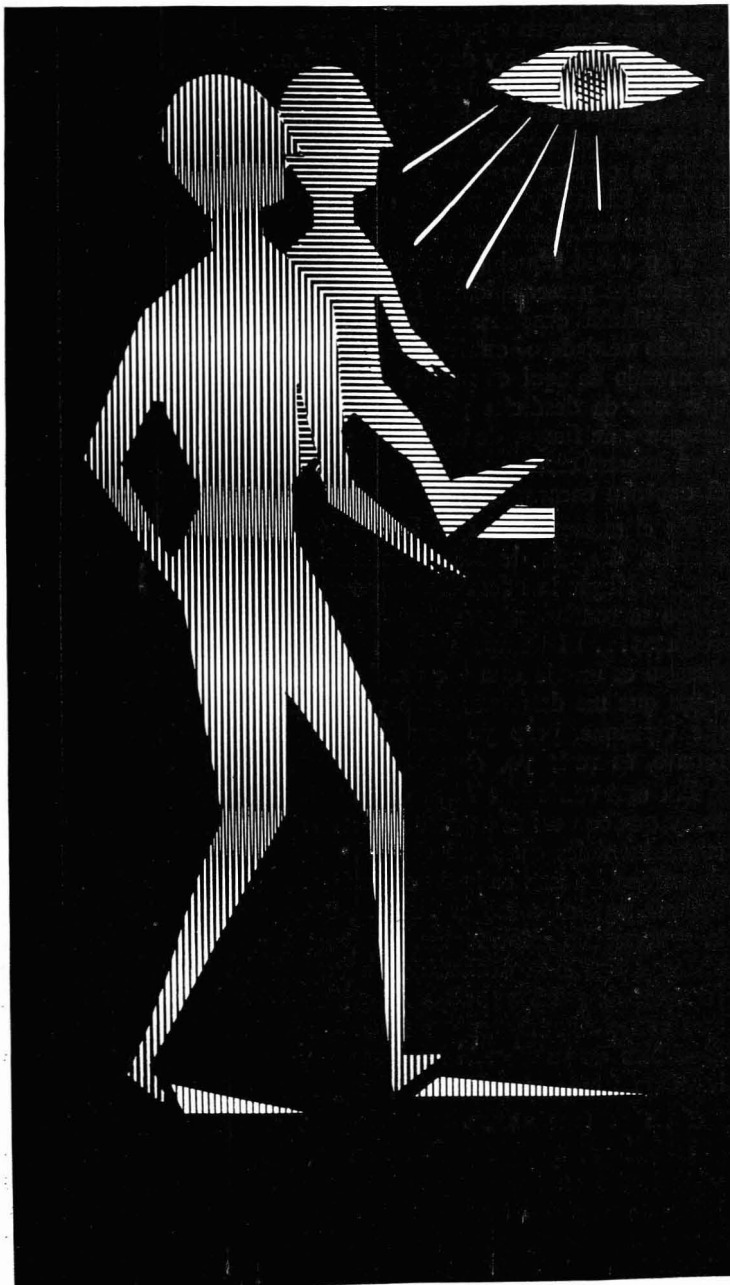
El arte —como el sueño— es casi siempre un acto antagónico de la vida diurna. Este mundo cruel que nos rodea lo fascina a Borges, al mismo tiempo que lo atemoriza. Y se aleja hacia su torre de marfil en virtud de la misma potencia que lo fascina. El mundo platónico es su hermoso refugio: es invulnerable, y él se siente desamparado; es limpio, y él detesta la sucia realidad; es ajeno a los sentimientos, y él rehúye la efusión sentimental; es eterno, y a él lo aflige la fugacidad del tiempo. Por temor, por repugnancia, por pudicia y por melancolía, se hace platónico.

Encerrado en su torre, pues, elabora sus juegos. Pero el remoto rumor de la realidad lo alcanza: rumor que se cuela por las ventanas y que sube desde lo más profundo de su propio ser. Al fin de cuentas él no es una figura ideal del museo de Meinong sino un hombre de carne y hueso que vive en este mundo, cualesquiera sean los recursos a que eche mano para desvincularse. Al mundo no sólo lo tiene fuera, en la calle: lo tiene dentro, en su propio corazón. ¿Y cómo aislarse del propio corazón?

Y así, en sus abstractos ensayos y cuentos, ese sordo murmullo se cuela, se oye, se colorean con frases y equívocas palabras que no debieran aparecer: como si en la palabra hipotenusa de Pitágoras apareciese a su lado (calificándola) una palabra tan ajena al orbe matemático como "absurda" o "perniciosa". Palabras, epítetos y adverbios que, efectivamente, aparecen en esos relatos que querrían ser puros pero que no lo logran. Y el hombre que quiso ser desterrado reaparece siquiera sea tenuemente, siquiera sea fugaz y equivocadamente, con sus pasiones y sentimientos. Y hasta la ciudad X cualquiera donde Red Scharlach comete sus crímenes empieza a recordarnos a Buenos Aires.

Y el Borges oculto, el Borges que tiene pasiones y mezquindades como todos nosotros, lo vemos o lo adivinamos detrás de sus abstracciones: contradictorio y culpable.

Así, este autor que dice que en la filosofía sólo busca sus encantadoras posibilidades literarias, y que, en efecto, las aprovecha para sus relatos, en otra parte reconoce que "la historia de la filosofía no es un vano juego de distracciones y de juegos verbales". El autor que pone el ingenio como el más alto atributo de la literatura y que hace de un argumento ingenioso la base (y hasta la esencia) de muchos de sus cuentos ejemplares, nos dice en otra parte, con razón, que "si lo fueran todos los argumentos, no existiría el *Quijote* o Shaw valdría menos que O'Neil". El autor que admira a Lugones



"tenemos dos posibilidades de interpretación"

## AND YET, AND YET...



“el tiempo es la sustancia de que estoy hecho”

y lo considera nuestro más grande escritor, por su genio fundamentalmente verbal: y que proclama a Quevedo como el más grande artífice de las letras españolas, nos dice en otra parte (y con razón) que la literatura como juego formal es inferior a la literatura de hombres como Cervantes o Dante, que jamás la ejercieron de semejante manera.

Es que el juego posterga pero no aniquila sus angustias, sus nostalgias, sus tristezas más hondas, sus resentimientos más humanos. Es que las encantadoras supercherías teológicas y la magia puramente verbal no lo satisfacen en definitiva. Y sus más entrañables angustias y pasiones reaparecen entonces en algún poema o en algún fragmento de prosa en que *de verdad* se manifiestan esos sentimientos *demasiado humanos* (como en la *Historia de los ecos de un hombre*), así como en la admiración que demuestra hacia artistas que no son de ninguna manera el paradigma de su estética ni de su ética literaria: Whitman, Mark Twain, Goethe, Dante, Cervantes, León Bloy y hasta Pascal.

Pero ese regreso es siempre ambiguo, siempre queda a mitad de camino o desdice con una frase o una variante su vuelta a la realidad. O lo malogra finalmente su pasión verbal, su ingenio retórico.

Así, el León Bloy del que nos hablará no será el bárbaro místico sino el que emite la curiosa hipótesis de que el responsable del imperio ruso puede no ser el zar sino su lustrabotas; del vasto Quijote nos recomendará sus “magias parciales”; del áspero Dante se recreará en su complicada y libresca teología, o en la forma de su infierno; del complejo Joyce se deleitará con el inventor de palabras y recursos técnicos, con el erudito e ingenioso; del tremendo Nietzsche retendrá la (atractiva y literaria) tesis del eterno retorno; del hosco y atormentado Schopenhauer su pasión por las artes y su idea del mundo como resultado de la voluntad y representación.

Debajo de esta ambigüedad creo advertir el secreto culto por lo que a él le falta: la vida y la fuerza. ¿Qué otra explicación encontrar a la admiración que este estricto literato profesa a esos apopléticos creadores?, ¿qué otra explicación al culto por sus antepasados guerreros, por sus valientes de suburbio, por los vikingos y longobardos? Y ya que no puede o no quiere participar de la barbarie real y contemporánea, al menos participa de la literaria barbarie del pasado: lo bastante lejana como para haberse convertido en un conjunto de (hermosas) palabras. Un rito que, como en las religiones superiores, nos hace comulgar con la sangre y la carne de un cuerpo sacrificado mediante sus apagados y bellos símbolos.

En el mito del *Fedro* Platón cuenta cómo el alma se precipitó a tierra cuando ya vislumbraba la eternidad; caída y condenada a su prisión corporal, olvida el maravilloso mundo celeste, pero hereda algo de aquella confraternidad con los dioses: la inteligencia. Y este instrumento divino le advierte que el universo contradictorio en que vive es una ilusión, y que detrás de los hombres que nacen y mueren, de los imperios que surgen y se derrumban, existe el verdadero universo: incorruptible, eterno, perfecto.

El vicioso Sócrates, el hombre que profunda (y acaso dramáticamente) sentía la precariedad de su cuerpo envilecido y la turbiedad de sus pasiones, sueña con ese universo impecable e insta a los hombres a escalarlo con esa metáfora de la eternidad que los mortales han inventado: la geometría.

Y Borges, el corporal Borges, el sentimental Borges, acaso dramáticamente sufridor de sus precariedades físicas, un ser que como muchos artistas (como muchos adolescentes) buscó el orden en el tumulto, la calma en la quietud, la paz en la desdicha, de la mano de Platón intenta también acceder al universo incorruptible. Y entonces construye cuentos en que fantasmas que habitan en rombos o bibliotecas o laberintos no viven ni sufren sino de palabra, pues son ajenos al tiempo, y el sufrimiento es el tiempo y la muerte. Son apenas símbolos de ese marmóreo más allá. De pronto, parecería que para él lo único digno de una gran literatura fuese ese reino del espíritu puro. Cuando en verdad lo digno de una gran literatura es el espíritu impuro; es decir el hombre, el hombre que vive en este confuso universo heraclitiano, no el fantasma que reside en el cielo platónico. Puesto que lo peculiar del ser humano no es el espíritu puro sino esa oscura y desgarrada región intermedia del alma, esa región en que sucede lo más grave de la existencia: el amor y el odio, el mito y la ficción, la esperanza y el sueño. Nada de lo cual es estrictamente espíritu sino una vehemente y turbulenta mezcla de ideas y sangre, de voluntad consciente y de ciegos impulsos. Ambigua y angustiada, el alma sufre entre la carne y la razón, dominada por las pasiones del cuerpo mortal y aspirando a la eternidad del espíritu, perpetuamente vacilante entre lo relativo y lo absoluto, entre la corrupción y la inmortalidad, entre lo diabólico y lo divino. El arte y la poesía surgen de esa confusa región y a causa de esa misma confusión: un dios no escribe novelas.

Y por eso aquella suerte de opio platónico no nos sirve. Y termina pareciéndonos que todo es un juego, un simulacro, una infantil evasión. Y que si aun aquel mundo fuera el mundo verdadero, confirmado por la filosofía y la ciencia, este mundo de aquí es para nosotros el solo verdadero, el único que nos da desdicha pero también plenitud: esta realidad de sangre y de fuego, de amor y de muerte en que cotidianamente vive nuestra carne y el único espíritu que poseemos de verdad: el espíritu encarnado.

Es el momento en que Borges (bella y conmovedoramente) escribe, después de haber refutado el tiempo: “and yet, and yet... Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos... El tiempo es la substancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy ese río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy real”.

En esta confesión final está el Borges que queremos rescatar y que de verdad es rescatable: el poeta que alguna vez cantó cosas humildes como un crepúsculo de Buenos Aires, un patio de infancia o una calle de suburbio; y en otras ocasiones cosas trascendentales como la fugacidad de la vida o la realidad de la muerte. No sólo el prosista que nos enseñó a todos los que vinimos detrás la deslumbrante y exacta potencia de una conjunción de palabras, sino más bien (y sobre todo) al poeta que con ese instrumento sin par supo decir, en momentos memorables de su obra, la miseria y la grandeza de la criatura humana frente al infortunio, la gloria o el infinito.

Éste es (me atrevo a profetizar) el Borges que quedará.

El Borges que después de su frívolo periplo por filosofías y teologías en las que no cree vuelve a este mundo menos brillante pero que cree; este mundo en que nacemos, sufrimos, amamos y morimos. No esa ciudad X cualquiera en que un simbólico Red Scharlach comete sus crímenes geométricos, sino esta Buenos Aires real y concreta, sucia y turbulenta, aborrecible y querida en que Borges y yo vivimos y sufrimos.

# Carta del Atlántico

Por Francisco AYALA

Señor profesor H. Rodríguez Alcalá  
Universidad de California  
Riverside, California

Muy estimado amigo:

Quisiera contestar públicamente a su afectuosa carta, porque a más de un curioso interesado en cuestiones literarias pueden atraerle las que en ella me plantea. Usted, el autor de análisis tan sagaces de mis invenciones novelescas, deseoso —me dice— de ampliarlos ahora, pero confuso —reconoce— y desconcertado por ciertos rasgos que advierte sobre todo en la última fase de mi producción, me pide respuesta a un cuestionario que a ratos es requisitoria y hasta capítulo de cargos. Reprocha en mis novelas el supuesto *debunking* del hombre, por razón del cual habrá quienes crean —supone usted— que yo odio y desprecio a la humanidad. Y refiriéndose a mi libro reciente *El As de Bastos* encuentra coexistiendo en mí dos estilos: el que llama “noble” con el ejemplo de “El Inquisidor” incluido en dicho libro, y el estilo que denomina “escatológico”, cuya muestra sería “El As de Bastos” mismo. Las obras escritas en este último estilo le resultan *shocking*.

Esos dos vocablos ingleses de que usted se vale, *debunking* y *shocking*, concentran significativamente el sentido de sus perplejidades. *Shocking* era expresión victoriana para calificar todo aquello que estuviera en colisión con los tabúes de una época convencional en extremo. Ni siquiera mediante elaborados eufemismos era lícito aludir por entonces a cosas que hoy suelen, en cambio, presentarse con alarde y cansada insistencia, por el puro gusto. Hoy hemos caído, no hay duda, en el extremo opuesto: expresamente se busca lo *shocking* en las escenas ofrecidas al público; y en cuanto a la forma, apenas hay escritor que no se complazca en empedrar de palabrotas su prosa. Dado que yo en la mía me atengo a un vocabulario bastante moderado y jamás acudo por alarde a las situaciones crudas (seguro estoy de que nadie podrá imputarme salaz regodeo en ninguna escena “sugestiva”), claro parece que a usted, lector y crítico muy al día, lo que le resulta chocante en mis escritos es más bien el *debunking* del hombre, el desenmascaramiento, quizás brutal, que hago de sus pretensiones. “En suma —me pregunta usted—: ¿por qué y hasta cuándo será menester este *debunking* del hombre?” Y en seguida, con muy buen criterio, trata de orientarse acerca de mis propias orientaciones explorando mis estudios de autores clásicos.

Quevedo y Cervantes son los dos dechados que considera; y en la bipolaridad que establece entre ambos, piensa usted que yo me muestro resueltamente atraído por el primer modelo, no obstante apreciar más la actitud cervantina ante el mundo. En contra de su opinión, y quizás de la primera apariencia, creo yo sin embargo que el resultado de mis esfuerzos literarios, por modesto que se estime, revela una inclinación natural más cervantina que no quevedesca.

Quevedo sí “desmonta” en verdad al hombre. Su estilización de la realidad según la línea de lo grotesco termina por aniquilarla, haciendo, en virtud de técnicas muy refinadas, que la humanidad se contorsione, se quiebre, se haga polvo y quede volatilizada por fin en pura mueca. Sólo resta triunfante, y eso por un momento, la subjetividad del poeta, quien no hallará, sin embargo, cosa en que poner los ojos que no sea recuerdo de la muerte.

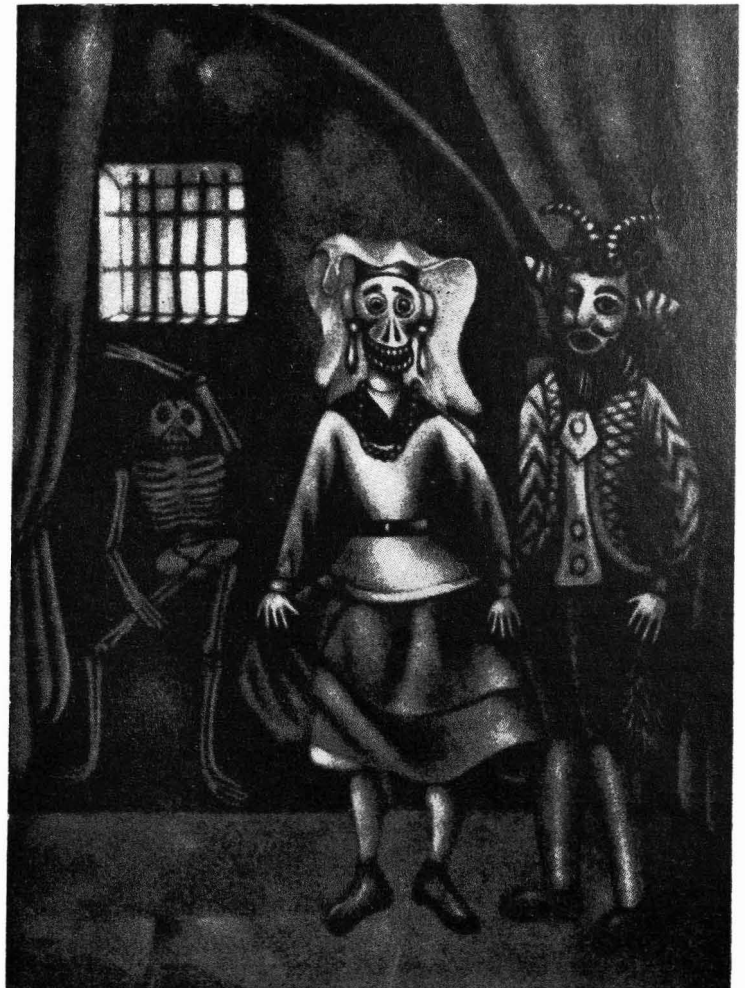
Ello, por supuesto, es atroz. Es plato demasiado fuerte, y el lector distraído, divertido, puede encontrarse de pronto con que su risa es sardónica y tiene, mientras ríe, las entrañas heladas. En su sobresalto, acaso prefiere entonces, para superar la sensación de vértigo, tranquilizarse con la idea de que todo no son sino bromas de ese bufón de don Francisco... (Como tal mecanismo de defensa habría que entender la figura del Quevedo popular, el de los chistes que hacen famoso su nombre aun entre los analfabetos, imagen festiva que constituye una verdadera creación del folklore hispano. Trivializado así en chascarrillos el desengaño demasiado radical que nos propone, ya no habrá de quitarnos el sueño.)

La misma línea seguirá Valle-Inclán —no por casualidad, sujeto también de una leyenda pintoresca— en la fase de los

esperpentos. También él trabaja con la estética de lo grotesco, y a él también se le transforman en figurones, en máscaras gesticulantes, los personajes de su imaginación, pues tales los quiere. Otro tanto cabe decir de Miguel Ángel Asturias. Por mucho que sus intenciones sean las de un político, las de un moralista (lo fueron sin duda las de Quevedo, y no, en cambio, o no sin duda, las de Valle; pero esto es secundario), cuando Asturias se entrega de lleno a creación artística concita un mundo absurdo donde lo humano desaparece dejando en lugar suyo una fantasmagoría espeluznante. Y algo de lo mismo es posible afirmar a propósito de Camilo José Cela, aun cuando en éste la inflexión cómica lo acerca más a lo satírico —y con ello, otra vez a Quevedo— que a lo truculento en que tanto Valle como Asturias abundan. Ninguno de los cuatro, en cuanto creadores poéticos, parece interesado en el hombre real y concreto: sus respectivas visiones del mundo se dirigen a otras metas y lo pasan por alto.

Creo darme buena cuenta de la razón, o razones, que usted, querido amigo, como otros que lo son menos, o nada, ha podido tener para honrarme con la adscripción a esa línea ilustre. Pues es muy cierto que, a ratos, mis invenciones imaginativas insisten con obstinación sobre el aspecto grotesco de la realidad, y emplean para representarla elementos escatológicos. La cuestión estaría, no obstante, en saber si estilización tal (o llamémosla deformación si se prefiere) está llevada tan a ultranza que elimina la referencia a lo humano concreto, o bien se mantiene dentro de unos límites de elasticidad capaces de conservar en modo significativo esa referencia. De no ser así, confieso que consideraría frustrados mis propósitos artísticos; y luego trataré de explicar por qué.

Quiero ante todo llamarle la atención sobre el hecho de que materiales semejantes se encuentran por igual en aquellas de mis obritas pertenecientes al que usted llama estilo “noble” y en las que califica de escatológicas. “El Inquisidor” contiene violencias, atrocidades, una escena de tortura; y en muchas de las historias agrupadas bajo el título de *Los Usurpadores* (a



Lola Cueto: "Marionetas"

cuya serie pertenece aquélla) se dan, además, experiencias de orden escatológico; por ejemplo, el rico hábito de que su Majestad estaba vestido despedía, en "El Hechizado", "un fuerte hedor a orines"; en "El Doliente", la fetidez de su aliento delata la muerte que el rey tiene encerrada en el cuerpo; mientras que el obispo "en plena misa solemne hubo de abandonar el altar, dando lugar a murmuraciones sobre el cumplimiento del ayuno". Evidentemente, si existe una diferencia de estilo entre esos escritos míos y otros posteriores, ella no radica en la de los materiales empleados.

¿Y es que, por otra parte, no ocurren acaso violencias y sujeciones en los modelos cervantinos cuando la ocasión lo pide? No consigo recordar en la literatura universal episodio de mayor crueldad que el del labrador Juan Haldudo azotando a su criado Andrés, ni nada más repugnante que los efectos provocados por el bálsamo de Fierabrás. Pero no es eso lo decisivo; y bastará comparar las escenas escatológicas del *Quijote* con las del *Buscón* —o con las del *Guzmán de Alfarache*— para que la divergencia salte a la vista. Se trata de contrastes significativos correspondientes a la intención profunda de cada autor. Mateo Alemán simboliza en la suciedad la condición pecaminosa del hombre en este mundo, por contraste con su aspiración a la otra vida; Quevedo la acumula infatigablemente como un recurso entre otros en su afán de derogar la realidad — sin perjuicio de que, desde el plano ideológico, esa destitución de la realidad mundanal quiera ponerse al servicio de la salvación eterna. Por su parte, Cervantes se propone salvar al hombre en su actualidad y en su integridad, al hombre en el mundo.

Volviendo ahora desde esas cumbres al terreno llano de nuestra insignificancia, permítame insistir en que la materia de mis escritos no varía del estilo "noble" al "escatológico". Lo que varía es precisamente eso, el estilo mismo: serían en definitiva dos maneras, o dos técnicas, en busca de una expresión adecuada para transmitir, por vía estética, la intuición de la realidad según me es dado alcanzarla desde mi personal perspectiva. Si esa visión mía es o no tan negativa como a usted y a otros les parece, lo discutiremos después.

Voy a recordar, por lo pronto, unas palabras con que Fryda Schultz de Mantovani se refirió al estilo de *Los Usurpadores* comentando su publicación. Decía que ese estilo "es el que imprime a las ficciones un clima tan denso que los seres y las cosas parecen moverse en él dentro de un círculo infernal, contemplados por un ojo irónico al que no le falta simpatía por sus miserias", después de haber afirmado que el novelista "diseca friamente las más torvas y cálidas pasiones". Creo que esta caracterización resulta por completo aplicable a mis libros posteriores, futuros en aquel entonces. De hecho, se les ha aplicado una vez y otra en términos bastante próximos a los citados. Coincidencia crítica que demostraría, si acaso ello fuera necesario, la inmovible unidad de la visión transmitida mediante ambos estilos. (En cuanto a esta visión, no intentaré defenderla ni disculparla: básteme decir que es la mía.)

¿A qué obedecerá entonces la transición desde un estilo al otro, el sucesivo empleo de ambos? Pues si no la interpreto mal, su carta, amigo mío, implica tal pregunta; usted lamenta el abandono del que considera noble y me exhorta cariñosamente a reasumirlo. La respuesta, sin embargo, podría dársela con sus propias palabras, sacadas del libro *Ensayos de Norte a Sur*. Comentando allí *Los Usurpadores*, me encuentra atenido "a una visión que represente el bárbaro estallar de las pasiones del hombre sobre la dura indiferencia de la tierra"; pero, guiado por su sensibilidad y su gusto, se apoyará sobre todo en "San Juan de Dios" para destacar el elemento que, con neologismo de Auerbach, llama *criatural*: "En esta etapa de la evolución estilística de Ayala —escribe usted—, el desengaño de la vida se hace todo piedad." Más adelante se interrogará usted: "¿por qué en 1949, cuando Ayala publica *Los Usurpadores*, hay en su obra esta emoción tan conmovedoramente criatural que ha de faltar, pocos años después, en *Historia de macacos* (1956) y en *Muertes de perro* (1958)?" y propone usted mismo la siguiente explicación: "al escribir su 'San Juan de Dios', Ayala se ha evadido de su tiempo, de este siglo xx sin respiros de esperanza en la sucesión de las catástrofes, y se ha refugiado imaginativamente en una época abolida hace cuatrocientos años".

Habría que discutir si la expresión "se ha evadido de su tiempo", donde la palabra subrayada apunta hacia la literatura "escapista", resulta aplicable al autor de esas narraciones que, por lo contrario, quizás constituyan más bien una tentativa de acercamiento a la realidad entonces presente a través del pretérito, es decir, mediante un desvío que podrá ser relativamente fácil, pero que de todas maneras implica estili-

zación, y no elusión. Usted mismo, en efecto, afirma en la carta a que estoy refiriéndome que en "El Inquisidor" hay *visión* —dice— "en más de un sentido. Allí está España. Y la Alemania nazi. Y la Rusia soviética o la China del gordo Mao." En verdad, todo lector atento de *Los Usurpadores* se ha dado cuenta en seguida de que ahí no se trata la materia histórica como lo "extraño-distante", de que cuando se reelabora ahí la figura del rey don Pedro o de don Enrique el Doliente, o el episodio del pastelero de Madrigal, se está aludiendo con toda intención a la experiencia contemporánea. Usted, llevado por sus preferencias cordiales, buscó dentro de ese volumen lo "criatural" en "San Juan de Dios", cuya historia, sin embargo, está cargada de violencia fratricida. Y todavía, guiado siempre por su íntima propensión, consiguió detectar el mismo espíritu en "El Tajo", una de las novelitas donde la guerra civil española se aborda ya directamente.

¿Directamente? Keith Ellis señala en su estudio el tratamiento oblicuo que ella recibe en *La cabeza del cordero*, y las razones de ese tratamiento. Por supuesto que tal presentación al sesgo es otra manera de estilización. Y le diré a usted que este libro mío donde, en palabras del propio crítico, nada sugiere la preferencia del autor por uno de los bandos en lucha, produjo ya en su momento, no obstante ello, el tipo de irritación que en medida creciente habían de suscitar luego los que le han seguido. Por vía privada —ya que el libro no pudo difundirse ni apenas comentarse en España— me reprocharon algunos con amarga indignación la ausencia en sus páginas de aquellos elementos nobles —entusiasmo ideológico, patriótica abnegación, etcétera—, que acaso ellos mismos habían llevado personalmente a la contienda; me lo reprochaban, sin caer en la cuenta de que era una omisión piadosa, pues darles cabida ¿no hubiera sido obligar a una confrontación demasiado cruel con sus frutos de realidad, denunciando así implícitamente su carácter retórico? Que los ideales por los que uno mata y muere resulten ser a la postre retórica vana, es una terrible burla de la vida. De haberme propuesto dotar a mis novelas de pugnacidad política, me hubiera bastado dar cabida en ellas a los ideales que movieron a la gente para que, sin necesidad de subrayarlo siquiera, el contraste con los resultados prácticos fuera sarcástico. Pero yo no quería regalarme con un pataleo terminada la guerra, sino ofrecer un testimonio moral. Y... ya está ahí anunciado lo que el mismo Ellis caracterizaría con referencia a *Muertes de perro* como un mundo sin valores.

Pero con esto, estamos ya dentro del estilo que usted designa como "escatológico", y que, según usted, destituye al



José Clemente Orozco: "Payaso con pelota"

hombre. Ya antes hice ver que no hay diferencia cualitativa en los materiales empleados por mí a lo largo de los años y las obras. Añadiré ahora que en mis escritos nunca asume lo escatológico —o lo violento y crudo— una significación autónoma; o, dicho con otras palabras: que esos materiales “desagradables” no son significativos por sí mismos, tal como pueden serlo en manos del escritor ascético que los usa para indicar la esencial corrupción de este mundo, o en las del escritor nihilista que apunta a su nada última. Tampoco los apporto yo, como lo hiciera el humanista cabal, a la manera de contrapunto cómico al heroísmo, pues por desgracia no encuentro posibilidad de dar una proyección heroica a la imaginación literaria en nuestro tiempo. En mis novelas más o menos largas, las miserias de la criatura humana están presentadas siempre en conexión significativa directa con el orden moral. Así, la indigestión y vomitera del protagonista de “La cabeza del cordero” no es sólo efecto de una cena pesada y repugnante, sino que es un rechazo de sus propias entrañas, obra de la guerra “intestinal”; e igualmente, en “El regreso” las sucias bromas de Abeledo a su hermana evidencian el estado de descomposición de su conciencia. En *Muertes de perro* el “trono” inundo donde el dictador se sienta para recibir a sus cortesanos corresponde a la índole de su poder y a su boca, que es también una especie de pozo negro; mientras que en “Una boda sonada” la memorable reacción de la bailarina es contestación adecuada al ataque de que un aguerrido grupo de espectadores quiere hacerla objeto. Pero lo mismo acontece en la serie de *Los Usurpadores*, según indiqué antes sirviéndome de un par de ejemplos. La diferencia —vuelvo a decirlo— no radica en los materiales empleados. Y si estos cuentos le parecen a usted “poéticos” y en cambio mis últimos escritos le han resultado —a usted, como a muchísimas otras personas— tan chocantes, es sin duda por el modo de estilización con que ese material se elabora en unos y en otros. La diferencia pudiera consistir, a final de cuentas, en el tono, que refleja actitudes muy diversas y aun contrarias en cuanto al enfoque de la realidad. En *Los Usurpadores* el tono es serio: se contempla el mundo con un “temor y temblor” que implica respeto, y la distancia que él impone. En “Una boda sonada” o “El As de Bastos” —para referirme a mis últimas ficciones, pero en verdad ya desde *Historia de macacos*— el tono se ha hecho cómico, apoyándose la estilización estética sobre el aspecto grotesco de la realidad.

La razón de este cambio, si nos interesa averiguarla, no se encuentra en una decisión arbitraria y premeditada del escritor. El escritor opera siempre en respuesta a la experiencia que el mundo le ofrece; hace con ella lo que puede, y sólo está obligado a tratar de hacerlo, eso sí, lo mejor que pueda. Cuando, pasada mi juventud, volví yo a producir obras de imaginación, la experiencia que debía elaborar era la de la Guerra Civil Española sobre el fondo de la Segunda Guerra Mundial. Si para elaborarla elegí por lo pronto episodios del pasado histórico fue, claro está, para tomar distancia frente a esa experiencia y procurar desentrañarla, es decir, objetivarla en formas artísticas. De ahí ese énfasis al que usted llama estilo “noble” y que alguien llamó “elocuencia”, resultado probablemente de tensiones emocionales que buscan transportarse, mediante el acento patético, al plano de la creación literaria. *La cabeza del cordero* representa el punto de transición: ahí la guerra española está tratada, aunque al sesgo, expresamente, y el tono sigue siendo serio; pero a los móviles elevados y generosos de la contienda sólo con reticencia, con leve ironía, se alude, porque destacarlos —dicho queda— hubiera resultado sarcástico. Di, pues, de lado al aspecto político de la guerra (a decir verdad, nunca me he propuesto novelar la guerra, empresa que otros varios han cumplido muy bien), y me concentré sobre los temas morales que la guerra permite contemplar ampliados, como a través de un cristal de aumento. Después...

En un reciente estudio señala Ignacio Soldevila el contraste del tono que todavía se mantiene en dicho libro con el que vendría a cuajar en seguida, al advertir graciosamente que la nueva edición de *La cabeza del cordero* está alargada “por una *coda* que, en contra de los cánones musicales, es un *scherzo*”. En efecto, ese vástago tardío del tema de la guerra civil que se titula “La vida por la opinión” está emplazado ya en el plano estético de *Historia de macacos* y *Muertes de perro*: un mundo sin valores o, mejor, un mundo donde los valores se han hecho irrisorios, o sea, nuestro mundo actual.

La implacable mostración de esta realidad a que estamos condenados es, si no me equivoco, lo que a usted y a muchos otros les resulta difícil de soportar: el que aparezca “en su estremeceadora desnudez, no un mero problema político y social —lo cual favorece la ilusión de que, remediada la injusticia, pasaremos a



José Clemente Orozco: “Payaso con careta”

un estado paradisiaco—, sino la terrible naturaleza humana, que es la fuente de todos los problemas”. Palabras son éstas que H. A. Murena ha tenido la generosidad de escribir al frente de *El As de Bastos* y que, como era previsible, le han envuelto en la misma ira suscitada en algunas gentes por el espejo que mis invenciones les ponen ante la cara. Por supuesto, los iracundos maldicientes se delatan en su reacción de mala fe: son quienes fingen una compostura hipócrita, son quienes rinden culto verbal a valores en los que no creen, son quienes pretenden salir del asunto exclamando: ¡pero esto no es más que una broma; no hay que hacer caso! y ¡vaya, vaya con el señor profesor, lo que se traía dentro!

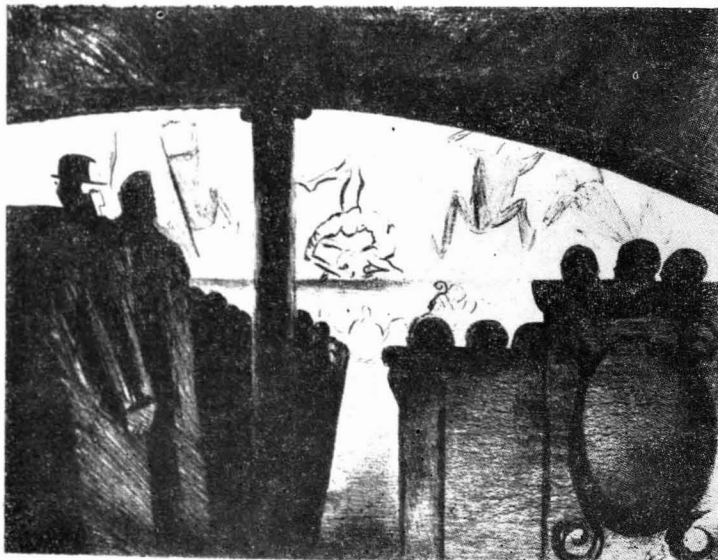
Pero otros, desconcertados, se preguntan de buena fe qué es lo que me propongo al acumular tanta ignominia en mis novelas, y hasta suponen —para decirlo con palabras suyas, Rodríguez Alcalá— que yo odio y desprecio a la humanidad. La crítica ha repetido, en efecto, y no por cierto con ánimo de censura, que los personajes creados por mí son invariablemente individuos protervos y siniestros; que en su mundo no hay un solo destello de bondad. Pudiera muy bien haber sido así, y yo escudarme entonces tras el antecedente ilustrísimo de Quevedo. Pero con toda sinceridad pienso que no es ése el caso, y que tan generalizada impresión proviene de que las refracciones del medio estilístico —el espejo donde me propongo reflejar la realidad del mundo contemporáneo— producen ofuscaciones que un análisis algo detenido disiparía pronto. (Y sería curioso descubrir que la presencia de lo horrendo es mayor en los personajes de *Los Usurpadores* que en las novelas posteriores, inclusive las de la guerra misma, donde las maldades en acción son pocas.)

Consideremos por ejemplo *Muertes de perro*, libro a propósito del cual se me ha formulado con frecuencia ese implícito reproche. Si en lugar de atenernos a la impresión de conjunto prestamos detallada atención al comportamiento de sus personajes, quizás tendremos que rendirnos a la evidencia de que en ellos no se dan grados de maldad que no estén en nuestros vecinos y en cualquiera de nosotros mismos, ni cumplen actos que no sean análogos a los que todos los días tienen lugar alrededor nuestro. Pero si usted mismo, al plantearme la cuestión en su carta, me dice que en la vida práctica suelo yo tratar con cordialidad a “gente acaso no mejor ni peor que muchos de los personajes de [mis] ficciones. Entonces...” ¿Entonces?, dígo yo. Y digo más: aun los personajes que en mi novela cometen tropelías y crueldades no lo hacen a impulsos de una irreprimible condición malvada, ni en modo alguno son incapaces de sacramento, sino movidos por estímulos muy comprensibles.

Así; el secretario Tadeo Requena, que nunca abandona aunque postergue siempre sus pías intenciones hacia la memoria de su madre, obra mal por resentimiento; y siendo como es un tipo de fría amoralidad, tendrá sin embargo su hora de angustia mortal en la que parece tocar fondo, divisar la posibilidad de una salvación. Y junto a personajes de esta calaña, ¿cuántos no son los que, en la novela, asumen actitudes, no ya inofensivas, sino benévolas, generosas, tiernas y compasivas? (Aparte de la viuda del senador Rosales, el general Malagarriga, su esposa doña Loreto, tía de Pinedito, el cura de San Cosme...) Otros son insignificantes no más, con sus pequeños egoísmos, sus pequeñas vanidades, sus pequeñas tonterías y disparates, tal como en la vida cotidiana se nos presenta la gente del montón: y eso es todo.

Si nos fijamos un poco en la población de mis imaginaciones novelescas comprobaremos que no está captada desde fuera, ni con la técnica de la observación realista, ni con la del expresionismo deformante del esperpento cuya tradición en las letras españolas se remite a Quevedo; sino que, siguiendo otra línea no menos tradicional y clásica, se ha procurado captarla en la operación misma de la vida; pero tal como esta vida puede darse en las condiciones de nuestro tiempo, que son, no ya las del barroco, sino las del hombre 'atómico', según usted, aceptando con excelente criterio la denominación de Murena, lo designa en su carta. ¿Y no deberá atribuirse a las condiciones que nuestro tiempo le impone al humano vivir esa impresión —sin duda falsa, aunque tan generalizada— de que los pobladores de mis novelas son inhumanos, impresión que desplaza sobre ellos (sobre todos nosotros, macacos o perros; pobres gatos en definitiva) la crueldad de una situación espiritual que nos aflige y nos degrada? Nos degrada, en efecto, hacia lo animal, al privarnos del cobijo de un sistema coherente de valores ideales con evidencia incontrovertible, colocándonos en un estado de ansiedad cómico-patética cuya manifestación obvia es el deseo de hallar refugio contra la amenaza atómica, o bien una evasión interplanetaria. Lo que mis personajes revelan, lo que yo hubiera querido al menos que reflejaran, no es una maldad especial, que no la hay en ellos, sino el desamparo en que se vive hoy. Cuando un autor expone desde fuera a sus entes de ficción, establece con el lector una complicidad contra ellos, ofreciéndoselos en espectáculo; mientras que si, por el contrario, los presenta desde dentro, se complica él mismo y complica al lector en la existencia del personaje. Ya no podrán éstos sentirse ajenos a la suerte de aquéllos, superiores, sino que se sentirán hundidos en la común miseria. Es lo que decía Enrique Pezzoni comentando *El fondo del vaso*: "la conciencia elegida no es sensible, o sutil, o intelectualmente apasionada, o lúcida-cruel, aunque estrecha y servil (como en la picaresca); es radicalmente estólida... Ayala resuelve disfrazarse con una mentalidad simplemente inclusiva que no sabe qué hacerse con el caudal de datos que la inunda". Se ha suprimido toda distancia; y esta conciencia *inclusiva* solidariza al autor y al lector con los personajes ficticios. Al mirarlos, se miran a sí mismos como en un espejo, y quedan petrificados. Pues lo que ven —en maneras diversas— es su propia destitución en un mundo cuyos valores se han hecho inciertos o se han disipado. ¡He ahí lo insufrible!

Claramente creo que puede advertirse esto en una obrita muy breve, "The Last Supper", de *Historia de macacos*. Se trata allí de judíos que han sufrido lo indecible —literalmente, lo que



José Clemente Orozco: "Teatro de variedades en Harlem"



Carlos González: "Hablando de caballos"

no pueden mencionar— bajo el terror hitleriano; pero ahora, en América, quieren entregarse con los ojos cerrados a la trivialidad cotidiana, empeñados en tapan el agujero atroz de la experiencia pasada, olvidarla, borrarla, atentos (porque —se dice— "para las cosas de la cultura es una fiera Bruno; un verdadero fanático") a un sistema de valores abaratado hasta el punto de rebajar a marca de un raticida la obra de Leonardo da Vinci, y lo que ella significa.

Quizás el sector de nuestra cultura donde esta degradación y disolución final de los valores se hace más visible y escandalosa sea el de la erótica. La vieja y espléndida elaboración del Amor, que desde sus bases platónicas apenas había evolucionado dentro de su estructura básica hasta bien pasado el romanticismo, se derrumba de golpe ante nuestros ojos, haciéndonos recaer en el primitivismo del culto fálico. Mediante *El As de Bastos* —aunque no sólo en la narración así titulada y que un idiota anónimo ha calificado de 'goliárdica'— he querido representar ese desnudamiento de la sexualidad, acompañado de las notas elegíacas que resuenan en el relato para preludear el hundimiento en la tristeza de las postrimerías.

Pero, ¿para qué hacernos apurar "el fondo del vaso"? —viene a preguntarme usted. Sus posos tienen mal sabor; un sabor insufrible. ¿Para qué —ésta sería la cuestión verdadera—, para qué envolver al lector e implicarlo en el cuento de la misera condición humana? Castigar —riendo o rabiando— los vicios, errores y locuras del mundo en torno, ¡santo y bueno! Ésa ha sido siempre la tarea del satírico, del moralista, que juzga y condena, predica y exhorta, parapetado en su virtud, en su verdad, en su razón, atrayendo así sin dificultad al lector hacia la buena causa, al bando de las almas puras en cuyo nombre pontifica. Complicarse y complicarlo en el juego sucio, mancharse y mancharlo con el fango de la vida, solidarizarse y solidarizarlo con las flaquezas humanas, ¿para qué?

Acepto que ello pueda constituir una falta de cortesía, pero me niego a reconocer falta de caridad en ello. Porque, según lo veo yo, en un mundo cuyos valores (¿qué vamos a hacerle? ¡es así!) se han hecho todos cuestionables e inciertos, donde no queda apelación posible a principios reconocidos, el único camino de salvación está en escrutar el fondo último de la propia conciencia en una reflexión humilde sobre el sentido o sinsentido de nuestra existencia misma. Si eso es rebajar al hombre, lo será en vías del amor, y no en manera alguna por motivos de odio.

# Al volver del entierro de Luis Cernuda

Por Max AUB

Si me pongo a recordar a Luis Cernuda, a lo largo de los cuarenta años que estuvimos juntos en la misma tierra, no pasan de seis o siete los encuentros que quedan presentes en mi memoria. Debieron ser más pero me separaban de él tantas cosas vitales que fueron borrando, aun sin querer, su imagen.

Fue siempre un hombre distante que parecía no querer mancharse con nada que pudiera dejar rastro. Atildado, elegante, frío. (Hablo por mí, claro. ¡Qué distinto debió de ser con otros! Pero no me lo puedo imaginar.) ¿Lo recuerdo en la boda de Manolo Altolaguirre? Seguramente. Siempre vestido de gris, aunque fuese de otros colores. Luego, en la guerra, no recuerdo dónde. ¿En París? Después le entreví, de nuevo en casa de Manolo cuando éste vivía en Sullivan; en el entierro de Moreno Villa; con Rosa Chacel; ¿en el velorio de Emilio?, no lo creo: era firme en todo, más en sus absurdos; en casa de Tomás Segovia. Hablé con él por teléfono hace un mes (nos comunicábamos así, a veces). Me dijo que no regresaba a California porque el *College* le obligaba a hacerse un examen médico que no estaba dispuesto a permitir. Lo achaqué a manía; seguramente era algo más: no quería saber. En su obra también se niega a enterarse; bastábale lo que llevaba a cuestas.

—Además, tengo bastante dinero por el momento.

Murió de repente, seguramente como habría preferido, de poder escoger: en el umbral de un cuarto de baño, en pijama y bata, la pipa en la mano, al salir el sol. En Coyoacán, en la casa que fue de Manolito. No le quedaba familia; tal vez, un sobrino.

Hace mucho que no quería saber nada de España: nada le dolía tanto. Amaba apasionadamente lo que odiaba; su soledad primero. Vivió atrincherado, rodeado de enemigos imaginarios. Sabía lo que valía creyendo saber lo que valían los demás. Destruyó a su alrededor, por destruir y sentirse solo; no lo consiguió, construyendo sin cesar, a fuerza de rigor “la forma antes dormida en el sueño de lo inexistente”.

Al perder la fe en Dios perdió la que pudo tener en los hombres. Jamás la recobró; lo que siempre tuvo presente,

hechura de él mismo, fue la fe en la hermosura. Hasta el día en que, como de España, dictaminó: “ha muerto”, para darle más vida.

Aun en España, hace treinta años, se sintió desterrado, por eso vivió casi siempre en el extranjero, a ver si daba con su patria. “Nada se le había perdido”, habiéndolo perdido todo desde que tuvo uso de razón. “Apenas si se volvía al séquito blasfemo para lanzar tal pulla ingeniosa.” Su desprecio era real. Señorito elegantísimo, señor de verdad: arbitrario; tan buen poeta como el mejor de su tiempo.

Tímido, solitario, tuvo que escribir cuanto no dijo; la palabra viva sólo muerta le salía. Condenado “a gozar y a sufrir en silencio la amarga y divina embriaguez, incomunicable e inflexible...”, dijo ese mal como nadie de su tiempo, porque para él nunca hubo diferencia entre la vida y la muerte. ¡Qué solos se quedan los vivos!, pudo haber escrito.

(Éramos pocos: Paloma Altolaguirre; Carlos Pellicer, pálido y calvo; Alí Chumacero; Francisco Giner; cien metros atrás, bajo dos de tierra, Emilio Prados; algún erudito; Joaquín Díez-Canedo. Sevilla ¡tan lejos!)

Cernuda, lejano y sólo —como dije o quise decir alguna vez. “Por todas partes el hombre mismo es el estorbo peor para su destino de hombre”, es decir por todas partes Luis Cernuda mismo fue el estorbo peor para su destino de hombre. Desdichado y solo por las orillas del tiempo, viéndose marchitar mientras se renovaba la hermosura.

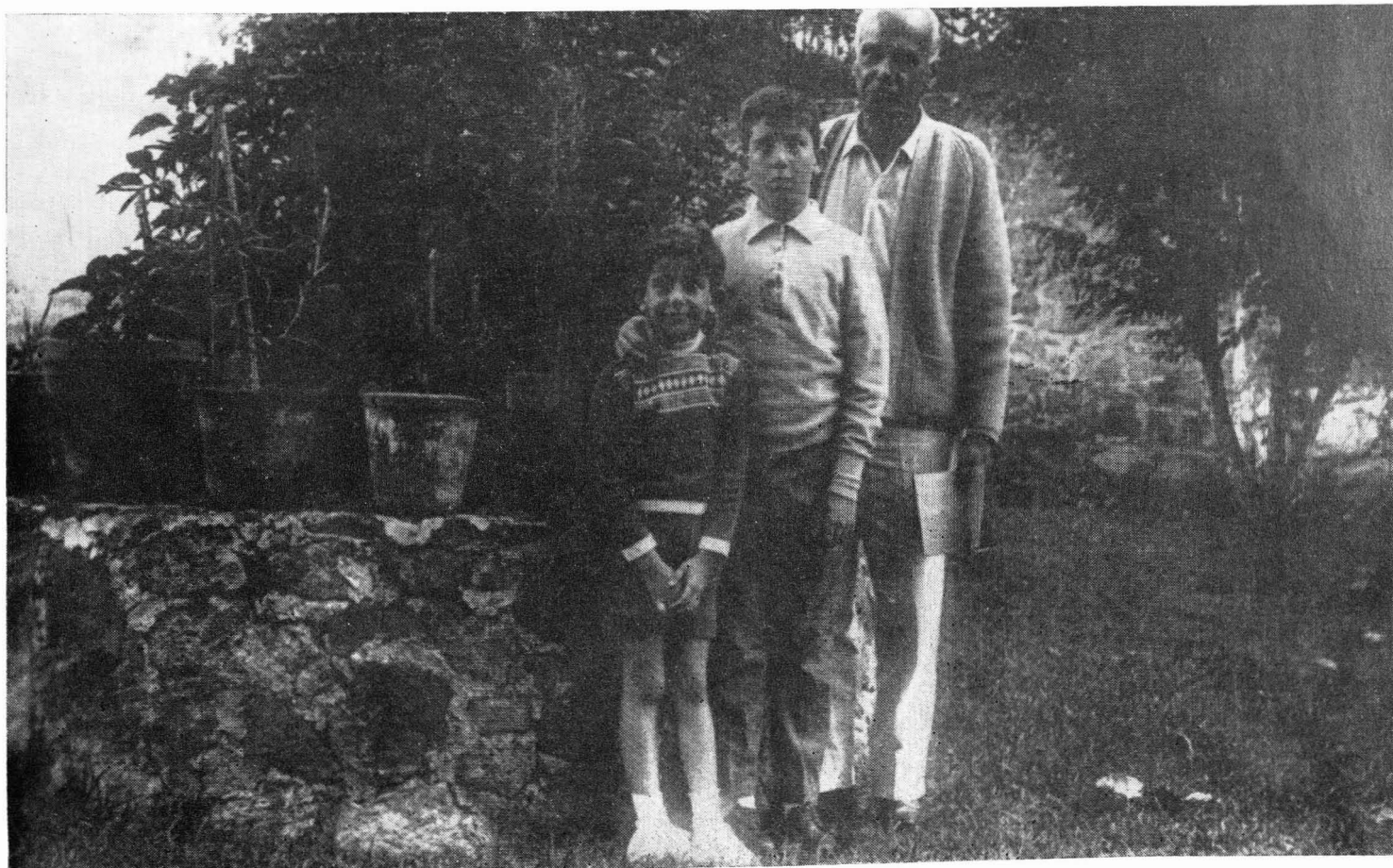
Siempre soñó tener una casa y no pudo o no quiso tenerla, extraño entre extraños murió en casa amiga —mas no en la suya—; en tierra extranjera, extranjero.

(“Después de todo, el tiempo que te queda es poco, y quién sabe si no vale más vivir así, desnudo de toda posesión, dispuesto siempre para la partida.” Emerge el recuerdo de los versos casi idénticos de Antonio Machado.)

La palabra que más empleó al hablar de sí fue “pudor”.

Fue, entre nosotros, el único poeta romántico.

6 de noviembre de 1963



Una de las últimas fotografías de Luis Cernuda

## MÁQUINAS VS. HOMBRES

Un artículo de *The Reporter*, firmado por Thomas O'Toole, se refiere a los problemas que las nuevas máquinas le plantean al hombre: Los empresarios norteamericanos se han dado cuenta de la economía y las ganancias que se obtienen con el uso de cerebros electrónicos, pero esta medida daña a los empleados más capacitados técnicamente y con mejor preparación científica; un problema que a un equipo de ingenieros le llevaría tres años en calcular, el cerebro electrónico puede resolverlo en cuestión de segundos. Estas máquinas electrónicas se están usando en todo tipo de negocios: fábricas, bancos, compañías de crédito, empresas de aviación, etcétera. Puede predecirse que a medida que pase el tiempo, un mayor número de empleados que ahora se encargan de tomar decisiones será reemplazado por máquinas. A esto se le ha llamado "la segunda revolución industrial". En las presentes circunstancias, las grandes compañías se deben apresurar a adquirir cerebros electrónicos, aunque cuestan varios millones de dólares, para evitar la competencia de las empresas que ya los poseen, y no verse obligadas a ir a la bancarrota. Las casas de cambio de la bolsa han empezado a emplear cerebros electrónicos que además de aventajar a los empleados en rapidez, casi nunca se equivocan, y los errores son muy costosos en Wall Street; ahora cada año entran en el distrito financiero de Nueva York, 200 toneladas de tarjetas IBM. Las grandes cadenas de bancos también han adoptado el uso de cerebros electrónicos, como el Chase Manhattan Bank que por medios electrónicos maneja 1.700,000 cheques al día, con el consiguiente ahorro de empleados. Parece que en todos los casos, a pesar de las otras razones que invocan los comerciantes, la adquisición de un cerebro electrónico está condicionada principalmente por el ahorro que representa en las nóminas de pago de las empresas. Por otra parte, es cierto que miles de obreros y técnicos trabajan en la industria de cerebros electrónicos, y que esta revolución industrial puede crear nuevos empleos, nuevos productos y hasta nuevas industrias, pero sería inútil tratar de consolar a un empleado sin trabajo, asegurándole que dentro de 25 años el desempleo será un problema que no lo afectará.

—C. V.

## LOS PROGRESOS DE LA ALIANZA

*Newsweek* (25/xi/63) hace un balance de la reciente Segunda Conferencia Anual de Técnicos de la *Alianza para el progreso*, llevada a cabo en la Universidad de São Paulo. A pesar del tono irónico que usa el articulista, la frase final ("...después de todo la *Alianza* no murió en São Paulo...") revela los peligros que se manifestaron durante la reunión. El presidente de Brasil, João Goulart, en persona, inició las hostilidades aprovechando su discurso de apertura: creación de un frente sólido por todos los países que dependen de la exportación de materias primas, búsqueda independiente de recursos que los lleven a nuevas etapas de desarrollo. Desde luego, este frente hallaría cauce adecuado para los préstamos norteamericanos

y la actividad financiera de la *Alianza* quedaría anulada. La proposición de Goulart apoyó la incredulidad de los delegados de algunos países como México, Bolivia y Venezuela, naciones que antes de la reunión de Punta del Este ya habían iniciado reformas a sus leyes de impuestos y de tenencia de la tierra. El economista argentino Raúl Prebisch también aportó razones: si el actual sistema de financiamiento continúa aplicándose, para 1970 las naciones subdesarrolladas del mundo "tendrán una deuda de 20 billones de dólares con los países industriales".

La respuesta de los Estados Unidos, por boca de Averell Harriman, consistió en enumerar las formas en que se trata de ayudar a los países productores y en insistir en que la solución ("comercio y ayuda" simultáneos) de ningún modo excluía los hechos positivos logrados a través de la ayuda estadounidense. A pesar de que este último punto no fue negado, los "impacientes" latinoamericanos explicaron la causa de su desilusión: la *Alianza* es incapaz de provocar las reformas sociales que prometía y deseaba, porque los estadistas que deben hacerla valedera en los diferentes países no pueden ser elegidos sin apelar al "nacionalismo rabioso de los votantes, un nacionalismo que surge de décadas de explotación, frustración, pobreza y miedo" y sin recurrir a las promesas que implica este nacionalismo, es decir, a las medidas radicales y las nacionalizaciones.

A dos ex presidentes (Kubitschek, del Brasil, y Lleras Camargo, colombiano) correspondió la gloria de la solución. La OEA, desde el año pasado, les pidió que elaboraran un informe sobre los progresos de la *Alianza*.

Para complementar su informe, los ex presidentes recomendaron la creación de un Comité Interamericano que coordine las peticiones de los países latinoamericanos con respecto al dinero de la *Alianza* y en el cual haya sólo un representante de los Estados Unidos. Los norteamericanos lograron en São Paulo, gracias a su promesa de "latinizar" la *Alianza*, superar las críticas y el descontento y proseguir las operaciones iniciadas hace dos años.

—A. D.

## HACIA EL ARTE DE CONSTRUIR CIUDADES

Aseguran los urbanistas polacos que sólo en 1965 podrán haber desaparecido los vestigios de la última guerra en la sufrida ciudad de Varsovia. Hasta ahora, incontables esfuerzos han sido dedicados a reconstruir las zonas de valor histórico (plazas, puentes, iglesias) y a ampliar aquellos sectores en los que se ha acomodado la nueva población de la capital de Polonia. Equipos de técnicos especializados y de constructores han hecho posible que, dentro de un plan general que incluye el desarrollo por regiones de la totalidad del país, la antigua ciudad recupere su anterior esplendor. Además, han realizado las mejoras que requiere el ritmo de la vida moderna. Casi llegan a 700 mil los cuartos habitables, mientras que al terminar la guerra (1945) eran sólo 140 mil. Para 1965 el volumen de edificios industriales (m<sup>3</sup>) será de 18 millones y medio y la población estará compues-

ta por 1 millón 215 mil habitantes (60 mil menos que en 1938, ya que uno de los aspectos más importantes de la planificación integral del país se refiere precisamente a la descentralización de las actividades de los habitantes). La reconstrucción de la ciudad se ha llevado a cabo considerándola como una unidad social y económica, como un organismo urbano que tenga posibilidades de desarrollarse plenamente.

Entre los materiales más importantes para la creación y la reconstrucción de las ciudades polacas, se encuentra la *Ley sobre la planificación espacial*, distribuida por la Asociación de Arquitectos polacos; las disposiciones de esta ley han contribuido a la sincronización de los esfuerzos de todos los profesionistas y técnicos dedicados a la tarea de proyectar y construir las nuevas ciudades polacas. Las conclusiones de las que surja cualquier clase de planificación, deben fundamentarse en los siguientes puntos: a) El plan económico nacional a largo plazo. b) Los planes económicos nacionales a corto plazo. c) Los resultados de la investigación de las condiciones naturales, demográficas, económicas y sociales del territorio escogido y d) Los estudios técnicos indispensables.

La fundación de nuevos poblados ha obedecido, principalmente, al auge de la industrialización. Esta última actividad puede considerarse como el motor de la transformación del arte urbano polaco. A los nuevos centros de población se les ha dotado de los servicios que permitan a sus habitantes organizarse para realizar todo género de actividades. Las concentraciones industriales existentes han sido sometidas al análisis de los arquitectos y urbanistas con el fin de superar racionalmente las deficiencias. El transporte de materias primas ha sido limitado; se han buscado los mejores medios para la descentralización; los nuevos centros han quedado situados en las zonas insuficientemente industrializadas. Dentro de las ciudades de reciente creación (Nueva Huta, Nueva Tychy, Stalowa Wola) se ha tomado en cuenta la *zonificación* de las áreas verdes, de las secciones de comercio y educación y de los sectores de trabajo (empresas industriales, artesanales o de profesiones). Las necesidades de la circulación de los vehículos modernos no han interferido los trabajos de restauración de las joyas arquitectónicas, y por esto no se ha perdido el aspecto tradicional de algunos lugares famosos de las ciudades polacas.

Las rutas del urbanismo contemporáneo tienden a unirse a las de otras disciplinas, exactas y sociales, con el objeto de enriquecerse. Ya en la práctica, las experiencias adquiridas permitirán que la planificación de las ciudades llegue a ser un arte verdadero, desarrollado por personas de preparación adecuada. Actualmente destaca la organización gremial de los arquitectos y urbanistas polacos, que durante las Jornadas Internacionales de Arquitectura, celebradas recientemente en México, presentaron a la consideración de los asistentes publicaciones tan interesantes como la mencionada *Ley*, *Las nuevas ciudades* y su revista *Architektura*.

—A.D.